



Circular
del
Superior General
Nº1

**¿DÓNDE ESTÁ NUESTRA FE,
NUESTRA FE EN JESUCRISTO?**

André-Joseph Fétis, SM
XV Superior general,
Misionero apostólico
Compañía de María (Marianistas)

25 de marzo 2020
Solemnidad de la Anunciación
Fiesta patronal de la Familia marianista

Circular n° 1

¿DÓNDE ESTÁ NUESTRA FE, NUESTRA FE EN JESUCRISTO?

André-Joseph Fétis, sm
Superior general,
Misionero apostólico

PREMISAS

Queridos hermanos,

Esta primera circular es un momento privilegiado para contactar con cada uno de ustedes. Antes de esto, he querido dejar pasar un período suficiente para la acogida del documento del Capítulo general de 2018. Este último ha ofrecido, a cada uno de ustedes y a cada Unidad, las orientaciones fundamentales para dinamizar su vida y misión. Era fundamental comenzar acogiendo esta oportunidad; no hacerlo sería condenarse a dejarse guiar por la rutina ignorando las llamadas del Espíritu. Deseo pues ardientemente que este documento permanezca en el centro de nuestra reflexión personal y comunitaria y que los que de ustedes que no lo hayan asimilado suficientemente pongan mano a la obra desde ahora.

El último Capítulo General ha puesto de relieve numerosos elementos de nuestra vida. El primero de entre ellos es la importancia de la Familia marianista. El Capítulo general nos invita a concederle un lugar cada vez más importante en nuestra vida y misión para pensar, vivir y actuar en Familia. Es incontestablemente lo que el Espíritu nos llama a poner en práctica con todas nuestras fuerzas.

Sin embargo, no es específicamente de este tema del que quiero hablaros ahora, sino de otro que está en la raíz de nuestra vida, de nuestra misión y de nuestra identidad: Se trata de la fe. Este tema no figura en primer plano en la reflexión del Capítulo, pero ofrece una condición indispensable para la realización de nuestra vida y misión marianistas. Su intensidad y su fecundidad derivan directamente de él, proporcionalmente a la práctica de esta virtud. Por eso he querido comenzar por ella. Por la misma razón es una condición de realización de las llamadas del último Capítulo; solo podrán ser realmente vividas y acogidas si van acompañadas y sostenidas por nuestra vida de fe.

El título elegido proviene, sin duda se han dado cuenta, de una famosa carta del P. Chaminade dirigida en febrero 1834 al P. Chevaux¹. Es la segunda lectura del Oficio de lecturas del 22 de enero. El P. Chevaux había escrito al fundador una carta expresando su desánimo frente a las innumerables dificultades que encontraba en su tarea en Saint-Remy. Esta obra compleja pagaba a menudo las consecuencias de la inexperiencia de los hermanos, pero también de las divergencias de opinión de los diferentes responsables. La tarea parecía sobrehumana. Sin embargo, cuando él estaba confrontado a las numerosas dificultades que debía afrontar el resto de la Compañía de María y que él se encontraba exiliado de Burdeos y refugiado en Agen desde hacía cuatro años, como consecuencia de la revolución de 1830, el P. Chaminade dirigía a su discípulo un grito de esperanza y de ánimo.

Es la misma esperanza que podemos recibir hoy. Confrontados también nosotros con innumerables retos, queremos encontrar en la llamada del P. Chaminade una inspiración para afrontar los obstáculos actuales y continuar la obra que nos ha transmitido.

Conocemos las numerosas dificultades que atraviesa hoy la Compañía de María:

¹ Carta 725, del 7 de febrero 1834, a M. Chevaux, Saint-Remy.

Dificultades internas como la disminución numérica, el aumento de la edad, la falta de vocaciones o su fragilidad y la perseverancia tan débil. Somos también víctimas de infidelidades pequeñas o grandes, individuales o colectivas, de la inexperiencia, del individualismo que atenta contra la unidad. Sufrimos también la falta de medios materiales o humanos, en particular de formadores, de superiores o responsables de obras; ...

A estas primeras dificultades se añaden las que provienen del exterior: la indiferencia creciente de amplios sectores de la humanidad, el descenso casi universal de la fecundidad y el debilitamiento de las familias, la fragilidad de tantos jóvenes e incluso adultos, los conflictos económicos y políticos entre estados, la inestabilidad de un gran número de países, la pérdida de muchas tradiciones culturales antiguas, el drama mundial de las migraciones, el predominio de los bienes materiales, las injusticias flagrantes y a menudo crecientes; la aparición de nuevas enfermedades, los miedos, racionales o irracionales que provocan; ...

Tal panorama puede engendrar un profundo pesimismo. De hecho, es un sentimiento muy presente en gran número de personas de todos los continentes. Nuestro mundo es a menudo triste, incluso si trata en general de ocultarlo. Ese sentimiento existe también entre nosotros. Ciertos hermanos, ciertas comunidades o incluso cierta Unidades están afectadas por el pesimismo, de manera más o menos radical; eso orienta su interpretación del mundo, de la Iglesia y de la Compañía de María. Esto influye también en su acción, a menudo profundamente- “¿Dónde está vuestra fe?”, nos vuelve a decir entonces el P. Chaminade.

Sin embargo, también reconocemos que hay buenas razones para ser optimistas hoy día.

Por razones internas, en primer lugar por el hecho de la gran generosidad de tantos hermanos, desde los más jóvenes hasta los de más edad, por la perseverancia de muchos, por la creatividad misionera de hermanos o de grupos de hermanos, por la consolidación de la Familia marianista, por el entusiasmo creciente por el carisma y por nuestro Fundador, por el deseo de muchos de una vida religiosa auténtica, por el regalo continuo de nuevas vocaciones, ...

También por razones externas, por el deseo creciente del respeto de la creación o de una justicia más universal, por la consolidación de la fraternidad y de la paz y los numerosos gestos conocidos o escondidos que lo expresan, por el sentido de solidaridad mundial ligado particularmente al desarrollo de las comunicaciones; ...

Estas realidades positivas y negativas a menudo están en lucha y debemos, donde podemos, ponernos al lado de todo lo que es bueno, darlo a conocer, aumentarlo y frenar el mal. En nuestra humildad, seamos el talón de la mujer, dice el P. Chaminade.

Pero, mucho más profundamente, nuestras razones de esperar se apoyan en la relación que podemos establecer entre este hecho positivo y nuestra fe en la acción de Dios y en sus promesas. Si nuestro optimismo está unido solo a los acontecimientos, será cambiante e incierto, como ellos. Como discípulos del P. Chaminade, estamos invitados a desarrollar el construir sobre la roca de nuestra fe en Jesucristo. Nuestra mirada de fe nos permitirá juzgar rectamente los hechos, los acontecimientos, las personas y encontrar razones para esperar y sobre todo para actuar.

Es esta cuestión la que motiva esta circular. Como lo hacía ayer para su querido discípulo Jean Chevaux, el beato Chaminade nos interpela hoy: “¿dónde está tu fe?”. ¿Dónde está tu fe cuando rezas? ¿Dónde está cuando trabajas y chocas con los obstáculos de la misión? ¿Dónde está cuando miras la vida de tu comunidad, de tu Unidad, del conjunto de la Compañía de María o incluso de la Iglesia? ¿Dónde está cuando miras el mundo y constatas en él tantos retos humanos, sufrimientos y obstáculos estructurales? ¿Dónde está cuando contemplas tu propia vida o misión y sus frutos actuales?

“¿Dónde está tu fe, tu fe en Jesucristo?”.

Estoy convencido de que lo que respondemos a esta cuestión, con toda objetividad, determinará una parte importante de nuestra vida actual y futura. Sin la fe, el sopesar los signos de esperanzas e inquietudes se

inclinará netamente del lado negativo. Sin la fe tenemos todas las razones para pensar que la Compañía de María va a continuar debilitándose y solo podrá perder una parte de su razón de ser en la Iglesia y en el mundo. Sin la fe perdemos la inspiración profunda de lo que somos y hacemos y, por eso, la unidad comunitaria y misionera se hace difícil; es una de las razones mayores de las dificultades y conflictos que conocemos hoy en la Compañía de María. Sin la fe nuestra obediencia pierde en gran parte su razón de ser y su motivación y el conjunto de nuestros votos se convierte sobre todo en una coacción sin gran justificación. Sin la fe la dificultad de la misión se convierte en una fuente de desánimo y de tristeza.

Pero, con la fe, y a causa de ella, tenemos el derecho a mirar el presente y el futuro con esperanza y paz, pero igualmente, y esto es importante, nos abrimos a una nueva interpretación de nuestra realidad y a las llamadas de Dios. Lejos de cerrarnos en nosotros mismos, como hace el pesimismo, la fe nos coloca en el camino de la misión, en particular el que vivimos hoy, *en misión con la Familia marianista*, para ser un *hombre que no muera*.

La fe no es un ejercicio de autoengaño, un método para ser feliz en medio de los cataclismos de la vida, simplemente porque se aprenderá a ignorarlos, sino, más bien, al contrario, es una manera de comprometerse y retomar el camino, conscientes de las debilidades, ciertamente, pero inspirados por una inalterable certeza interior que recibimos de Dios. Por ella todo se transfigura: lo que soy, lo que son mis hermanos, la situación de la Compañía de María, de la Iglesia y del mundo, el horizonte de la actividad humana y de la misión, ... Las dificultades no quedan olvidadas sino afrontadas con más valentía, esperanza, paciencia y humildad.

Nosotros, peregrinos del siglo 21, qué dirección queremos dar a nuestro caminar: ¿Emaús o Jerusalén? Si es Emaús, nos disponemos a ir desapareciendo progresivamente puesto que nuestra vida habrá perdido su sentido profundo; si es Jerusalén, entonces la vida crecerá en nosotros y alrededor nuestro, sea lo reducido que sea nuestro grupo, y eso es lo que cuenta.

“¿Dónde está nuestra fe, nuestra fe en Jesucristo?”.

Quisiera terminar esta introducción inspirándome en un texto conocido de un obispo de Siria.² En su texto habla del Espíritu Santo, pero eso puede aplicarse también muy bien a la fe, y así lo he adaptado aquí.

Sin la fe,
Dios está lejos,
Cristo permanece en el pasado,
el Evangelio es letra muerta,
la Iglesia una simple organización,
la Compañía de María un pequeño grupo sin gran futuro,
la comunidad un corsé,
la autoridad una forma de dominación,
la misión una propaganda,
el culto una evocación
y el obrar cristiano una moral de esclavo.

Pero iluminados por la fe,
el cosmos es levantado y gime en dolores de parto del Reino,
Cristo resucitado está allí,
el Evangelio es potencia de vida,
la Iglesia significa la comunión trinitaria,
la Compañía de María difunde los beneficios de la acción maternal de María,
la comunidad es un espacio de vida y de libertad,
la autoridad es un servicio liberador,

² Mons. Ignatios de Lattaquié. A menudo este texto se atribuye a otros autores.

la misión es un Pentecostés,
la liturgia es memorial y anticipación,
el obrar humano está divinizado.

El objeto de esta circular es recordarnos el papel vital de la fe en nuestra vida marianista y ayudarnos a pasar así de la primera situación a la segunda. En el curso de esta reflexión, he decidido dar un gran espacio a la enseñanza del beato P. Chaminade; sus diversas interpelaciones son muy pertinentes hoy día y pertenecen, por derecho propio, a nuestro carisma. Es bastante fácil aplicar lo que nos dice a nuestra realidad concreta. Sin duda, varios aspectos son conocidos de muchos, pero podrán con todo ser objeto de una nueva reflexión por el hecho de nuestra situación actual, personal o colectiva. También cuento con cada uno de ustedes para realizar estas aplicaciones, personalmente o con su comunidad.

En un primer momento, contemplaremos al P. Chaminade como testigo de la fe y después reflexionaremos sobre algunos grandes aspectos de su enseñanza sobre esta virtud, antes de recorrer algunos de los métodos que nos ha legado para aumentar en nosotros la fe. Pido excusas al lector por la extensión de este texto; la amplitud del tema me lo ponía muy difícil el hacerlo de manera más breve.

I. ¡QUÉ HOMBRE DE FE!

Hablando de san Ignacio, uno de sus primeros compañeros, el P. Jerónimo Nadal escribe: “toda la vida de la Compañía está contenida en germen y prefigurada en la historia de Ignacio”. Podemos decir lo mismo del P. Chaminade. Su vida es un mensaje y una enseñanza sobre la fe.

1. UNA DIMENSIÓN DOMINANTE DE SU VIDA Y DE SU ACCIÓN

En las biografías de nuestro Fundador, las referencias a esta virtud son muy numerosas y ricas en contenido. Así el P. Vasey, en *Chaminade: Another Portrait*, encuadra su presentación en dos capítulos consagrados ampliamente al P. Chaminade hombre de fe³. El primero en el que describe “El ambiente de su época”, subraya la importancia de la fe en su respuesta a los retos provocados por los pensadores de su época. “El Padre Chaminade estaba totalmente sumergido en el ambiente del filosofismo o de la filosofía deísta del siglo XVIII. El filosofismo negaba lo sobrenatural; el Padre Chaminade afirmaba que la santidad es una vida que brota de la fe en Cristo, de la fe del corazón. El filosofismo exaltaba la razón; el Padre Chaminade rendía homenaje a la fe. [...] Lo que Diderot proponía como tesis, el Padre Chaminade lo refutaba mediante su antítesis”⁴.

En este mismo libro, en el último capítulo, que es una síntesis de su comentario de la vida del Fundador, el P. Vasey escribe “El centro de la vida del P. Chaminade era sin duda la fe. ... Consideraba la fe como la fuente, la raíz y el comienzo no solo de la justificación sino también de todo apostolado.”⁵

Otros numerosos autores han comentado esta actitud del Fundador. Además de ser la base de un método apostólico, la fe era para él el fundamento de su experiencia de Dios y de su vida espiritual. Esta virtud estaba tan profundamente arraigada en él que todos los testimonios hacen referencia a ella. Así, la larga sección del *Espíritu de Nuestra Fundación* consagrada a la fe se abre con una serie de testimonios a este propósito, he aquí dos:

“El espíritu de fe era su vida, junto a la devoción a la Santísima Virgen”.⁶

³ VASEY Vincent, *Chaminade, Another Portrait*, Dayton, Marianist Resources Commission, 1987, 366 p. El capítulo trece y último se titula: “Chaminade, un hombre de fe”.

⁴ VASEY Vincent, *Guillaume-Joseph Chaminade, un nouveau portrait*, Paris, Tequi, 2006, p. 17.

⁵ *Id.*, pp. 478-479.

⁶ Recuerdos de Sor María del Santísimo Sacramento, Hija de María, *EF I*, n° 188.

“Un día que salía de la Facultad de Letras de Burdeos [escribe José Meyer, SM], un anciano que había asistido a la clase, se me acerca y me dice: ‘¿Es usted Hermano de María?... Yo soy antiguo congregante de su Fundador, el P. Chaminade. ¡Qué hombre de fe! Cuando hablaba de la fe, era inagotable. ¡Qué hombre de fe!; ¡era un santo!’”⁷

2. EL HOMBRE QUE DA ENSEÑANZAS SOBRE LA FE

Este aspecto aparece desde los primeros años de la vida del beato. En su correspondencia con la señorita de Lamourous, antes y durante el exilio en España, la fe es un tema frecuente. Le escribe el 27 de mayo 1796: “Terminará la oración pidiendo a Dios que le conceda la gracia de mantenerse durante todo el día en el recogimiento y de obrar solo por motivos de fe”⁸. Tales son los consejos que habrán sin duda ayudado al Venerable a vivir con tal valentía las pruebas del Terror. Su consejero compartía con ella simplemente su propia experiencia.

Sus escritos manifiestan de manera evidente que la fe ha sido una preocupación de toda su vida. En 1992, el P. Jean-Baptiste Armbruster publicaba sus *Ecrits sur la foi*, un libro que en la edición francesa tiene 610 páginas, de ellas 519 con los escritos del Fundador. Estos abarcan todos los períodos de su vida y contienen todos los géneros utilizados por el autor: cartas, conferencias, notas preparatorias, ... En la introducción de la obra, el P. Armbruster indica: “Todos los testimonios están de acuerdo en afirmar que el Padre G.-José Chaminade (1761-1850) era un hombre de Iglesia que vivía y propagaba la fe. Los textos en los que presenta esta virtud teologal son tan numerosos que ha sido necesario fijar unos criterios precisos para la selección de los textos elegidos y presentados en este libro.”⁹ He aquí una hermosa descripción del Beato: “un hombre de Iglesia que vivía y propagaba la fe”.

3. EL HOMBRE QUE ACTÚA CON AUDACIA

El P. Chevaux testimonia: “Un hombre temeroso de Dios, como el Buen Padre, juega todo a la luz de la fe. Su manera de juzgar es ver las cosas ante Dios, y luego solucionarlas ante los hombres.”¹⁰ Es esta manera de actuar la que le daba tanta audacia. Cuando veía claramente cómo avanzar, parecía que nada le debía parar. Por ejemplo, no dudaba entonces en comprometerse en la compra de grandes bienes sin tener dinero. A este propósito comenta al P. Lalanne: “Yo solía tomar prestado, sintiéndome fuerte por confiar en la divina Providencia, siempre tranquilo por esta misma confianza”¹¹. Pero precisa en este mismo pasaje de la carta: “en las acciones ordinarias, no obramos ni debemos obrar contando con milagros: eso sería tentar a Dios. Pero cuando trabajamos en una obra que está en el curso ordinario de su providencia y en el orden de nuestro estado, nos está permitido, si sobrevienen obstáculos, contar con una protección especial de Dios, –la cual nos parece completamente milagrosa. Podemos pues contar con esta protección especial, cuando lo que hacemos nos es especialmente ordenado por quien tiene derecho.” Esta distinción entre lo excepcional y lo ordinario es evidentemente capital. La fe no es una invitación a la imprudencia. Su puesta en práctica supone un discernimiento atento.

En lo que se refiere a la misión, el beato Chaminade prevé un inmenso desarrollo para su obra. Anuncia a sus discípulos: “Dios nos llama no solo a santificarnos sino a suscitar la fe en Francia, en Europa, en el mundo entero”. Esta afirmación puede parecernos simplemente una pequeña exageración, pero es necesario recordar que, cuando pronuncia estas palabras, en el retiro de 1821, son solo 20 religiosos, 19 religiosos laicos y un sacerdote¹². Pocos años después, Guillermo José piensa en llenar Francia de escuelas normales cuando los religiosos todavía no llegan a ser cincuenta. Desgraciadamente llegó la revolución de

⁷ EF I, n° 186.

⁸ CHAMINADE, Carta 9 del 27 de mayo 1796.

⁹ CHAMINADE G.-Joseph, *Ecrits sur la foi*, ARMBRUSTER, Jean-Baptiste (Ed.), Paris, 1992, p. 7.

¹⁰ Carta del P. Chevaux al señor Clouzet, Burdeos, 11 febrero 1845, citado en: *G. J. Chaminade, Inquisitio Historica*, Rome, 1970, p. 238.

¹¹ Carta 735, del 18 abril 1834, al P. Lalanne.

¹² Cf. CADA Lawrence J., sm, *Early members of the Society of Mary*, NACMS, 1999, pp. 550-552.

1830 y los planes se vinieron abajo. Entonces, apoyándose en su buen sentido y en el arraigo sobrenatural de sus proyectos, el P. Chaminade no mira hacia atrás, no sueña con un retorno hipotético de una época de gracia: continúa su obra y avanza por otros caminos que se le ofrecen.

Se podría ver en esos proclamaciones del Fundador simples exageraciones de entusiasmo. Se puede leer también en ellos la visión de un hombre que percibe los deseos de Dios y pone todas sus fuerzas para realizarlos, sin dejarse desanimar por tantos obstáculos que se le van presentando poco a poco.

4. EL VISIONARIO REALISTA

Esta fuerza interior que el P. Chaminade ha adquirido cultivando la fe atrae hacia sí un gran número de discípulos. Aparece como una roca, un roble en medio de la tempestad y de los tiempos inciertos en los que vive. Un joven al que acompaña después de la revolución, dirá de él: “He encontrado el sacerdote que buscaba mi corazón. Es un santo, es mi guía, será mi modelo, porque yo seré sacerdote, mi decisión es más inquebrantable que nunca. No lo seré tan pronto como yo quisiera: los tiempos son todavía difíciles.”¹³ Esta fuerza interior hace de Guillermo José un guía seguro que convence por la fuerza de su testimonio y sus convicciones.

El contraste es grande comparado con la actitud de dos de sus discípulos más cercanos. Jean-Baptiste Lalanne es un idealista impetuoso que muchas veces tendrá dificultad para resistir a sus impulsos, unas veces geniales, pero a menudo muy imprudentes. Por el contrario, la profunda fe de Georges Caillet estará frecuentemente frenada por una prudencia obstinada. La fe del P. Chaminade es audaz porque está apoyada en un discernimiento sólido.

5. EL GUÍA INQUEBRANTABLE FRENTE A LAS PRUEBAS

Evocando a nuestro Fundador, se puede pensar en esta hermosa imagen del ancla. En la iconografía de los primeros siglos evocaba para los cristianos principalmente la esperanza pero también la estabilidad que esta virtud da a la fe: esta se apoya sobre las promesas que solo se realizarán plenamente en el más allá pero a las cuales está ya sujeta. Las catacumbas romanas están llenas de este símbolo expresivo.

En 1827, el P. Chaminade escribe: “Creo que, en caso de que ocurra una sacudida, el Instituto se sostendrá, porque Dios nos ha inspirado el darle un fundamento tan sólido como el de la fe.” Sus fundaciones conocen innumerables pruebas, pero él permanece en la paz y la confianza. Por ejemplo, cuando un incendio ha destruido una gran parte de los edificios recientemente adquiridos en Marast, cerca de Besançon, escribe:

“Habrá usted sin duda sabido el gran accidente que acaba de ocurrir en Marast. Dios, en su bondad, se digna sembrar nuestros trabajos de penas y tribulaciones: ¡que su santo Nombre sea bendito! A pesar de la rabia de los demonios contra la Compañía de María, esta no deja de progresar en una verdadera reforma y, por ello mismo, de consolidarse. ¡Vayamos, querido hijo, contra viento y marea! Miremos siempre con confianza a nuestra Estrella protectora y llegaremos a buen puerto.”¹⁴

En su curso de historia de la Compañía de María, el P. Joseph Schellhorn, famoso maestro de novicios, expresa su admiración por esta actitud del Fundador en medio de las numerosas dificultades de los años 1830:

“Cosa sorprendente: en medio de las pruebas desesperanzadoras, el P. Chaminade conserva una confianza serena e inquebrantable en la obra de María, convencido de que Dios hará un milagro, si es necesario, para salvarla. Imposible encontrar en su amplia correspondencia de esta época, una

¹³ SIMLER José, *G.J. Chaminade*, vol. I, Madrid 2005, p. 37.

¹⁴ Carta 1094 del 25 noviembre 1838, al P. León Meyer.

sola palabra de desconfianza, de duda o de desánimo. Si sufre más allá de lo expresable, si tiembla, es por el alma de sus hijos infieles, de ninguna manera por la S.M.”¹⁵

Parece incluso que estos obstáculos serán finalmente una ocasión de purificación y de consolidación de la congregación. Como expresa el propio P. Chaminade: “La Revolución que nos ha llegado será como la criba del Señor: solo permanecerá el buen grano.”¹⁶

6. UNA HERENCIA PARA NUESTRO CAMINO

Contemplar a nuestro Fundador como un hombre de fe nos es de gran provecho y una fuente profunda de inspiración. ¡Ojalá podamos seguir tal ejemplo y adaptarlo a nuestras circunstancias actuales!

Por lo demás es el camino que el P. Chaminade nos traza cuando resume la identidad del religioso marianista:

“Este santo estado de la vida religiosa solo es una práctica continua de la fe, en todas las circunstancias de la vida y en las acciones del ser humano respecto de sí mismo, de sus semejantes y de Dios. El religioso es una persona que, creyendo en Dios, en Jesucristo y en la vida futura, ha decidido no hacer sino las acciones que sean consecuencia directa e inmediata de su fe. ¡Qué fácilmente y con qué seguridad tiene que conducir este estado a la salvación!”¹⁷

Esta insistencia explica la importancia que ha tomado esta virtud en la vida marianista, hasta constituir la divisa: *¡Fortes in fide!* La vida de un gran número de religiosos es el comentario viviente y se le han dedicado un gran número de escritos. En tiempos recientes, la fe está implícitamente mencionada en el título del Capítulo de 2012¹⁸ todavía muy presente en el documento del Capítulo de 2018. Continuemos, pues, este recorrido, siguiendo las huellas de nuestro Fundador, prestando atención a diferentes aspectos de la fe tal como él nos la ha enseñado.

II. UNA VIRTUD PARA LA ACCIÓN Y EL GOBIERNO

Quisiera en esta sección describir sucesivamente diversos aspectos del ejercicio de la fe según el P. Chaminade. Cada uno de ellos delimita un campo de acción para nuestra vida religiosa actual.

Porque no trata de repetir sin más las ideas habituales sobre el tema, su enseñanza tiene un gran interés. Si hiciéramos un sondeo entre los católicos informados sobre lo que evoca para ellos la fe, el resultado sería, sin duda, dos ideas fuertes: la fe es sobre todo de orden sentimental y es esencialmente un don intimista e interior. Ahora bien, el punto de vista de nuestro Fundador es totalmente distinto de esas dos concepciones. Para él, la fe tiene que ver mucho más con la inteligencia que con los sentimientos y es ante todo una virtud para la acción: ella es el motor de la acción y le da su verdadera perspectiva.

Esta manera de presentar la fe se sitúa en la línea de la larga letanía de hombres de fe del capítulo 11 de la carta a los Hebreos. La fe ha sido para cada uno de ellos un factor de transformación que ha abierto nuevas perspectivas y ha provocado una manera nueva de ser o de hacer. El ejemplo emblemático es del de Abraham que “por la fe, ... obedeció y partió para un país que debía recibir en herencia, partió sin saber adónde iba” (He 11,8). Tampoco podemos olvidar la fe de María “que ha creído que se cumpliría lo que le fue dicho de parte del Señor” (Lc 1,45) y que, por eso, se puso en camino enseguida, un camino que la llevó, de actos en actos de fe, hasta el pie del Calvario y al corazón de la comunidad de Jerusalén.

¹⁵ [SCHELLHORN Joseph], *Petit aperçu historique sur la Société de Marie*, p. 26, (RM 275, AGMAR 1910 8).

¹⁶ Carta 574, del 14 enero 1831. La expresión se hará más frecuente después de la dimisión de 1841. La Revolución evocada es la de 1830 que dio al traste de varios proyectos importantes del Fundador.

¹⁷ Retiro de 1817, 2° meditación: EP V.20 [2].

¹⁸ La cita colocada en exerga del documento, sacada de la carta del P. Chaminade al Papa Gregorio XVI (1838), subraya el deseo de los capitulares de “reavivar por todas partes la antorcha de la fe”.

La fe enseñada por el P. Chaminade no es ante todo sentimental, incluso si afecta al corazón y lo interpela. No puede confundirse con la piedad: esta última tiene necesidad de ser iluminada, alimentada y purificada por la fe, ofreciendo entonces un auténtico camino de vida cristiana.

Por lo demás, como lo hace notar el P. Vincent Vasey, la fe que es, según la teología de Santo Tomás, una virtud intelectual, está asociada en el P. Chaminade a la virtud de la prudencia, que es también intelectual. Pero mientras que la fe considera las verdades eternas, la prudencia rige el comportamiento que hay que adoptar o las decisiones que hay que tomar en medio de los acontecimientos contingentes. En el P. Chaminade, “la gracia ... [ha] podido darnos ... un excelente ejemplo de vida regida por la fe y un extraordinario ejemplo de aplicación de las verdades de la fe a los problemas concretos de la vida gracias a la virtud de la prudencia”.¹⁹ Uno de los aspectos más notables del testimonio y de la enseñanza del P. Chaminade reside en su capacidad de poner la fe al servicio de la acción.

1. UNA FE PRÁCTICA

La “fe práctica”, he aquí una expresión muy querida del P. Chaminade. No es exclusiva de él pero ocupa un lugar particularmente importante en su pensamiento. Eso explica la particularidad de su concepción de la fe. No es una realidad interior y escondida, de naturaleza intimista: es por el contrario una virtud para la acción. Está destinada a traducirse en actos precisos, visibles, mensurables. Es muy difícil evaluar la fe de una persona, pero se pueden evaluar sus actos.

En el P. Chaminade, la expresión “fe práctica” es particularmente frecuente durante los años de fundación de la Compañía de María, en el momento de crear el estilo de vida particular de este “Orden nueva”. Durante el retiro de fundación, en septiembre-octubre 1817, se invita a cada uno de los participantes a decidirse a comenzar o no esta fundación y entrar o no en ella. El P. Chaminade elige hablar en primer lugar de la fe (1ª meditación) y de “la necesidad de la fe práctica para la salvación” (2ª meditación)²⁰. Leamos un extracto de la 2ª meditación tal como la transcribió Jean-Baptiste Lalanne; explica mejor de lo que yo podría hacerlo el pensamiento del P. Chaminade y nos sumerge en el corazón de nuestros orígenes carismáticos:

“1º Rareza de la fe práctica. Poca gente cree en el mundo con fe especulativa; todavía menos con fe práctica. ¡De qué otro modo actuaríamos al que actuamos, si pusiéramos en práctica nuestra fe, tanto en lo referente a los misterios como en lo referente a la moral! Por ejemplo, ¡qué idea de nuestra grandeza, si creyéramos en la Encarnación! ¡Qué horror del pecado, si creyéramos en la Redención! ¡Qué respeto en los templos, si creyéramos en la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento! Y en lo referente a la moral, ¡con qué disposiciones nos acercaríamos al sacramento de la penitencia, si creyéramos en lo que ocurre entre Dios y el pecador! ¡Cómo practicaríamos la caridad, si tuviéramos la fe práctica del precepto que sobre ella nos ha dado nuestro adorable Maestro!”²¹

Tal reflexión ha hecho vibrar el corazón de nuestros primeros hermanos en la vida marianista puesto que decidieron, al final de esta predicación, la fundación de la Compañía de María, desde entonces convencidos, como el Fundador que “el estado religioso es especialmente un estado de fe”²². En nombre de la fe, dan un inmenso paso hacia adelante.

¹⁹ VASEY Vincent, *Guillaume-Joseph Chaminade, un nouveau portrait*, Paris, Tequi, 2006, capítulo 13, p. 449. (Inglés: “grace ... produced in him an outstanding example of a life ruled by faith and an extraordinary example of applying the trusts of faiths in concrete problems of life by the virtue of prudence.” *Chaminade. Another portrait*, p. 301).

²⁰ Tenemos la suerte de poseer, además de las notas del P. Lalanne (EP V.20), el esquema de preparación del propio P. Chaminade (EP V.19) de donde está sacada esta cita.

²¹ Retiro de 1817, 2ª meditación, EP V.20 [1]-[2].

²² Retiro de 1817, notas del P. Chaminade, EP V.19 [1]. Es el subtítulo de esta misma meditación que acabamos de leer en las notas del joven Lalanne.

La fe práctica continua ocupando un lugar significativo en la enseñanza del P. Chaminade durante los primeros años de fundación, por ejemplo en el retiro de 1818 que concluyó con los votos de los primeros hermanos. Y el entusiasmo no se debilitó; en la pasta de su cuaderno de notas, Jean-Baptiste Collineau ha escrito: “*Laus Deo*” (alabanza a Dios).

Después el tema se hace más discreto hasta casi desaparecer. Reaparece con fuerza en 1844, esta vez en la correspondencia de un anciano de ochenta y tres años. Lo que estaba en juego era ni más ni menos que la fidelidad del Consejo general a la llamada de Dios. El P. Chaminade, que ha dimitido de su papel de Superior general en 1841, los acusa de no actuar ya según la fe, sino simplemente según la razón humana oscurecida por la ausencia de esta luz sobrenatural. Por ejemplo, escribe a Mons. Donnet:

“Debo impedir que entre nunca en la Administración general de la Compañía de María una falsa doctrina, una doctrina errónea que desnaturalice el espíritu de fe práctica. Es este espíritu de fe práctica el que la Santa Sede ha entendido aprobar, al aprobar la Compañía de María: esta no puede ser muy útil a la religión sin ese espíritu. ¿Cómo no degeneraría enseguida la Compañía de María, si su Administración general se condujese con otro espíritu (...)?”²³

La insistencia del Fundador impresiona, este aspecto está para él en el corazón del espíritu de su obra y justifica su existencia y la aprobación por parte de la Iglesia.

¿Y nosotros? ¿Qué es de nuestra fe? ¿Es una fe práctica? “Pocas personas creen en el mundo con una fe especulativa; todavía menos con una fe práctica”. Y nosotros, puesto que se trata de una de nuestras riquezas propias, ¿deseamos, sin embargo, ser de este pequeño número? Fiel a este espíritu, nuestra Regla nos invita a vivir la fe en nuestras comunidades (RV 3), a imagen de la de Jerusalén (9). La fe es la fuente de compromiso y de solidaridad (72). Estamos llamados a prolongar en nuestra actividad la fe de María (65). Todo eso designa una fe que se expresa no sólo en la oración, sino también en la vida y en la acción.

2. UNA MIRADA NUEVA

El artículo 4 de nuestra Regla de vida nos dice: “Queremos llegar a ser hombres de fe que consideran todo a la luz de la revelación. Por la fe descubrimos cómo actúa Dios en la historia de los hombres y en los acontecimientos de nuestra vida diaria.” Uno de los frutos principales de la fe será la adquisición de esta mirada nueva.

Sin la fe, sólo estamos orientados por las informaciones que recibimos de nuestra inteligencia o de los sentimientos que las acompañan. La inteligencia nos abre amplios horizontes pero el sentido profundo de los hechos y de las realidades puede escapársele fácilmente. Hay ciertamente una inteligencia emocional y la pedagogía actual ha hecho bien al concederle un lugar hasta entonces probablemente demasiado discreto. Pero las emociones son muy insuficientes para iluminarnos, son fugaces, a menudo difíciles de analizar y cuando predominan pueden incluso deformar nuestra percepción de la realidad. Parece, sin embargo, que hoy día cada vez más las opiniones personales y colectivas y, por consiguiente, las decisiones encuentran su fuente y su justificación en las emociones. Es pues urgente volver a dar toda su importancia a la frialdad analítica de la inteligencia. Para el creyente, la fe jugará entonces un papel inestimable, abriéndolo a una observación interior de la realidad y guiándolo en sus decisiones. Es un arte difícil y exigente, pero de gran importancia y es sin ninguna duda una de las mayores aportaciones de los cristianos a nuestro mundo. Cuando las emociones están moderadas por la inteligencia iluminada por la fe, la persona encuentra un equilibrio mucho mayor y llega a ser mucho más estable en su comportamiento y sus decisiones.

Cristo reprochaba a sus discípulos el no saber discernir el sentido profundo de los acontecimientos. “Cuando los celajes del atardecer parecen de fuego, decís: ‘Tendremos buen tiempo’. Y cuando, por la

²³ Carta 1337, del 27 septiembre 1844, a Mons. Donnet.

mañana, el cielo está de un rojo sombrío, decís: ‘Hoy tendremos tormenta’. Así que sabéis interpretar el aspecto del cielo y, en cambio, no sois capaces de interpretar los signos de los tiempos!’ (Mt 16,2-3). De una manera parecida, en la carta 725 de la que proviene el título de esta circular, el P. Chaminade reprocha al P. Chevaux el haber olvidado el verdadero sentido de la misión, de ver sólo lo exterior:

“La enseñanza de la juventud, sea cual sea, no es exactamente el fin que se han debido proponer al consagrarse enteramente a Dios, bajo la protección especial de la augusta María. La enseñanza no es más que un medio que nosotros utilizamos para cumplir nuestra misión, es decir, para introducir en todas partes el espíritu de fe y de religión y multiplicar los cristianos...”.

En la carta del 24 agosto 1839, pondrá a los hermanos en guardia contra el peligro de comportarse como “industriales de la enseñanza”:

“Tiene que hacer sentir a aquellos y aquellas que enseñan directamente, cuánto se engañarían si limitaran sus esfuerzos en instruir en las letras humanas; si pusieran todos sus cuidados y toda su gloria en hacer sabios y no cristianos, o en conquistar una reputación mundana, olvidando entonces que son misioneros de María, para rebajarse al rango vil de los industriales de la enseñanza en nuestro siglo, descenderían de la altura de su sublime apostolado.”

Es necesario aprender a ver con los ojos de la fe para acceder al sentido profundo y real de los hechos. El P. Chaminade nos aconseja:

“Actuar por la fe, practicar la fe y vivir de la fe es mirar todos los objetos naturales y sobrenaturales que se nos presentan en el conocimiento que Dios tiene de ellos y que nos da por la fe, y a continuación examinarlos y juzgarlos según esa luz, para después conformar a ellos nuestra vida.”²⁴

Dirigiéndose a los cristianos de Roma, el 31 de diciembre último, el Papa les invitaba a descubrir a Dios en todas partes, mucho más allá de las iglesias:

“En la ciudad Dios ha puesto su tienda... ¡y de allí no se ha alejado nunca! Su presencia en la ciudad, incluso en esta nuestra ciudad de Roma, «no debe ser fabricada, sino descubierta, desvelada» (Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 71). Somos nosotros los que debemos pedir a Dios la gracia de unos ojos nuevos, capaces de «una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas» (ib., 71). (...) Esta noche me gustaría que nuestra mirada sobre la ciudad de Roma captara las cosas desde el punto de vista de la mirada de Dios. (...) Tener tiempo para los demás, para dialogar, para reconocer con una mirada contemplativa la presencia y la acción de Dios en sus existencias, para dar testimonio con hechos más que con palabras de la nueva vida del Evangelio, es verdaderamente un servicio de amor que cambia la realidad.”

Pidamos la gracia de aprender a abrir los ojos de la fe: sobre el mundo, sobre la Iglesia, sobre la Compañía de María, su vida y su misión, sobre mi comunidad y mis hermanos.

3. UNA RESPUESTA A LA INDIFERENCIA

Es llamativo constatar cómo el P. Chaminade pone en relación lo que considera ser “la gran herejía reinante ... la indiferencia religiosa”, (carta del 24 de agosto 1839), y el lugar privilegiado que atribuye a la fe en corazón de la identidad y de la acción de los religiosos y religiosas.

La situación de su país es para él un gran sufrimiento. Habla a menudo de su “desgraciada patria”²⁵. Este empleo no se limita a los primeros años de su vuelta del destierro; perdura, incluso cuando estaríamos dispuestos más bien a constatar las mejoras de la situación. El bien realizado no le oculta la inmensidad

²⁴ Chaminade, Notas de instrucción, hojas sueltas, "De la vida de fe": EP II.56 [1a].

²⁵ Utiliza, por ejemplo, esta expresión en la carta 52, a Adela de Batz de Trenquelléon, en 1814, en un comentario sobre su acción desde su regreso del destierro. Ver también las cartas 171 (1821), 198 (1822), 210 (1822), 234 (1823), 293 (1824), ... 616 (1832), etc...

de lo que queda por hacer y el peligro que corren todavía tantas personas que se alejan de Dios. Ha constatado sin duda también que la adhesión a Dios de muchos creyentes es tan sólo superficial y no afecta a lo profundo de la persona, sus deseos, sus ideas y sus decisiones. Es entonces cuando se le impone la urgencia de una obra totalmente inspirada por la fe.

En el retiro de 1821, todavía cercano a los años de fundación, comenta al mismo tiempo la situación tan triste de Francia y su admiración por la generosidad de Dios que ha suscitado las congregaciones religiosas marianistas como respuesta a este drama. Dolor y entusiasmo se mezclan.

“Estamos firmemente persuadidos que es Dios en persona quien ha suscitado la fundación del Instituto de María; pero, si consideramos en qué momento lo ha establecido y qué fin él quiere que se proponga, descubrimos muy amplias perspectivas. Echemos una mirada al siglo. ¡Gran Dios, qué horribles tinieblas, qué espantosa depravación, qué desoladora indiferencia para con la salvación! En los siglos precedentes la corrupción solo se había introducido en el corazón, pero hoy la mente y el corazón están gangrenados y el mal de la mente es incomparablemente más peligroso y más incurable que el del corazón.

Es en este estado de cosas, es en estos tiempos de desolación, en los que la generación que acaba de nacer está amenazada con ser devorada con las que la sucederán por la irreligión y la impiedad, cuando Dios funda el Instituto de María, al que le da el espíritu que le conviene; ese espíritu es el espíritu interior.”²⁶

Esta reflexión es muy instructiva. Por lo general no nos es muy natural contemplar la vida espiritual como una parte de la vida apostólica, pero es lo que nos propone nuestro Fundador. Eso da otra dimensión a una actividad que percibimos que es más bien escondida, invisible, hasta tal punto que a veces nos dejamos llevar a relativizar su importancia.

Nuestro Fundador no es de esa opinión. Escribe en 1831:

“¡Estamos en medio de un mundo nuevo! Estoy en Francia como en tierra extranjera. Casi no sé qué decir o qué hacer; por mi parte, espero que los acontecimientos me lleguen, más que ir por delante de los acontecimientos. No tengo otra política que la de recurrir todos los días a la Santísima Virgen.”²⁷

O todavía, en 1838, al Papa Gregorio XVI, resumiendo en una frase casi cuarenta años de actividad:

“Para poner un dique fuerte al torrente del mal, el cielo me inspiró a comienzos de este siglo solicitar de la Santa Sede las cartas credenciales de Misionero apostólico, con el fin de reavivar o de volver a encender en todas partes la llama divina de la fe...”

La inspiración divina de su obra es una piedra de toque de la visión del beato Chaminade. Por eso no cesará de afirmarla, a tiempo y a destiempo. Esta convicción de fe es el fundamento mismo sobre el cual quiere que construyamos la Compañía de María y la Familia Marianista hoy día. Si quitamos esta convicción solo queda una hermosa ONG sin gran futuro. No se puede ignorar esta certeza del Fundador²⁸. De ella deriva para nosotros un deber particular de escuchar las expectativas de Dios para que la obra a la que nos asocia no sea únicamente la nuestra. También tenemos que encontrar caminos creativos para responder a las llamadas actuales, especialmente a las múltiples formas que adopta la indiferencia de nuestro tiempo. El P. Chaminade se desolaba: “¡Cuán escasa es la educación cristiana! ¡Cuán pocos maes-

²⁶ Retiro de 1821, 18ª Meditación, EP VI.19 [62-63].

²⁷ Carta 575, del 20 de enero 1831, al P. Lalanne.

²⁸ El P. Klobb, predicando el retiro de Fayt, que fue una deslumbrante síntesis de la obra carismática del P. Chaminade, tituló su primera conferencia: “La Compañía de María obra de Dios”, con tres secciones: “1. Afirmación constante del Fundador; 2. Afirmación inquebrantable el Fundador; 3. La historia de la Compañía es garante de ello”. Cf. KLOBB Charles, *L'esprit de la Société. Retraite de Fayt*, Rome, La Gerbe n° 9, 1999, pp. 8-12.

tros encuentra la generación naciente que se apliquen a imbuir su espíritu y su corazón en los principios del cristianismo! ¿Qué remedio oponer a tantos males?"²⁹

La severidad del discurso del P. Chaminade sobre su época puede molestarnos. Ciertamente está marcado por su tiempo, pero estemos, sin embargo, atentos al profundo ardor misionero que habitaba su corazón y que motiva estas exclamaciones de dolor: el lenguaje es del pasado, pero su interpelación no puede ser más actual. Alegrémonos de ver su acción, siempre positiva, su paciencia, su perseverancia, su deseo de ir siempre hacia adelante sin mirar atrás. El P. Chaminade es un hombre del Antiguo régimen que se ha comprometido decididamente y sin nostalgia en los tiempos modernos.

Hoy día, seamos, también nosotros, hombres de fe, deseosos de no dejar que a ninguno le falte la oportunidad de encontrar a Dios. Que nuestra creatividad nos ayude a hacer que nuestra vida y nuestra acción puedan ser una respuesta adecuada a las nuevas indiferencias de nuestro tiempo.

4. REAVIVAR POR TODAS PARTES LA ANTORCHA DE LA FE: EL VOTO DE LA ENSEÑANZA DE LA FE

Una consecuencia directa de lo que acabamos de meditar nos la ofrece el voto de enseñanza de la fe. Este último está presente desde los orígenes de la Compañía de María, y perdura explícitamente durante cuatro décadas, con algunas variantes en su formulación. En sus votos perpetuos, en 1818, Jean Lalanne (sic), promete "trabajar ... en la enseñanza de las costumbres cristianas y de la fe católica"³⁰. El voto desapareció en 1865, en el momento del reconocimiento de la Compañía de María por la Santa Sede³¹. Se suprimió por dos razones: porque la Congregación de los obispos y religiosos deseaba reducir el número de los votos adicionales pronunciados entonces en muchas congregaciones y porque sus responsables piensan que el objeto de este voto está ya asegurado por la descripción del apostolado privilegiado de la Compañía.

Es importante deducir de la decisión de 1865 que, si el voto ha sido suprimido formalmente, ha sido con la idea de que su espíritu perduraría sin modificación en la vida y los objetivos de la congregación. No lo pronunciamos formalmente, pero su espíritu permanece. Por esta razón, no olvidemos esta herencia de origen muy querida de nuestro Fundador. Sería muy interesante e instructivo estudiar las prolongaciones actuales de este voto en nuestra misión. Me contentaré ahora con evocar algunos aspectos de manera sintética.

Sabemos que la carta del 24 de agosto 1839 consagra a este voto una larga sección, la 3ª y última del texto. Lleva el título: "Lo que las dos Órdenes de María tienen aún de especial y exclusivamente propio en las obras comunes con otras congregaciones." He aquí lo que el P. Chaminade nos dice sobre este voto:

- Cada orden nueva ha recibido de Dios una misión apropiada a su tiempo (da dos ejemplos);
- Nosotros hemos sido llamados "a ayudar a María en su lucha" contra la indiferencia;
- De ahí la llamada de María que nos dice: "Haced lo que El os diga"; ella nos invita a no excluir ninguna obra y ningún destinatario, dando sin embargo preferencia a los pobres y a los jóvenes.

El voto de enseñanza es pues un voto misionero, de espíritu mariano, que nos compromete a enseñar al mayor número la fe y las costumbres cristianas como remedio a la indiferencia.

No tengo duda de que es lo que continuamos haciendo hoy día, incluso sin este voto. Pero es importante recordarnos de la idea originaria para continuar a conservar su espíritu y traducirlo conscientemente en

²⁹ *Constituciones de 1839*, art. 339.

Frente a esta inquietud, en otro artículo (art 361) afirma: "[en] la enseñanza primaria, la clase de los no sacerdotes docentes es... la encargada de llevar a más de los tres cuartos de las poblaciones los principios de la fe a la par que los conocimientos humanos. ¡Cuánto bien puede hacer un maestro religioso verdaderamente animado del celo de su estado!"

³⁰ Cf. *EP* V.28, pp. 499-500.

³¹ "Es necesario suprimir de las Constituciones la emisión del voto de enseñanza. Basta con que los miembros de la Compañía tengan el fin de instruir a los jóvenes según la forma designada en las Constituciones": 16ª animadversión, del 17 de junio 1865. Cf. DÉLAS, Jean-Claude, *Historia de las Constituciones de la Compañía de María*, Madrid, 1965, p. 133.

nuestra acción. Ser conscientes de ello es un gran apoyo. El espíritu de este voto nos permite decir que nuestra misión:

- Encuentra su fuente en nuestra relación privilegiada con María, Madre de Cristo, y con Jesús, Hijo de Dios hecho hijo de María para la salvación de los hombres;
- Es una respuesta a los sufrimientos de nuestro tiempo, particularmente en lo que se refiere a la fe;
- Concede un lugar particular a los jóvenes y los pobres;
- Posee una tendencia universal.

Dos consecuencias se derivan de este último punto:

- Una adaptabilidad reforzada: no estamos ligados a un solo medio misionero ni a un tipo de destinatario exclusivo.
- La multiplicación: elegimos de preferencia los medios apostólicos que llegan al mayor número.

Estos aspectos, sin embargo, están moderados por otros elementos tradicionales en la Compañía de María. El primero es la importancia de la relación de persona a persona (por ejemplo, una costumbre, nunca codificada, aconsejaba limitar el crecimiento de un establecimiento cuando llegase al punto de que el director no podía ya conocer el nombre de cada alumno). Otro elemento de moderación es la comunidad: no poner en peligro la unidad de la comunidad por la multiplicidad de los apostolados o su extensión exagerada.

Me gustaría añadir que la adaptabilidad y la universalidad se prolongan y se expresan en la disponibilidad misionera. Recordemos el célebre artículo 244 de las *Constituciones de 1839*: “Lo que hace hoy, lo que ha de hacer mañana, el lugar en que ha de pasar la vida y lo que esta ha de durar, en manera alguna le inquieta; indiferente para todo lo demás, solo una cosa toma a pechos: hacer siempre y en todas partes el beneplácito divino.” No es difícil comprender que sin esta disponibilidad, la universalidad es una trampa. Todo superior sabe lo difícil que es hoy día esta disponibilidad. La universalidad no debe estar limitada por nuestra ausencia de disponibilidad, pero tampoco puede dispersarse en una multiplicidad de proyectos personales individuales. Pensémoslo bien pues las consecuencias son muy serias.

A partir de esta reflexión, contemplando nuestra situación actual, es bueno plantearnos una serie de cuestiones:

- ¿Qué prioridad ocupa la enseñanza de la fe en nuestra acción? ¿Mediante qué medios la realizamos? ¿Están adaptados a nuestro tiempo, a nuestro contexto y a los que nos dirigimos? ¿Permiten una auténtica experiencia de fe y un encuentro personal con Cristo? Cuando hay pluralismo religioso, ¿cada uno encontrará una ocasión para profundizar su experiencia religiosa?³²
- ¿Cómo crear las condiciones de posibilidad de la fe? ¿Qué capacidades específicas debemos desarrollar para permitir a cada uno tener una posibilidad real de tener acceso a la fe: atención, silencio, escucha, concentración, interioridad...? Nuestra educación y nuestra pastoral ¿tocan también la inteligencia, la sensibilidad y la fe?³³
- En una Iglesia llamada a estar “en salida hacia el mundo”, ¿cómo llegar a los que están lejos de la Iglesia u ofrecerles un acceso posible a la fe?
- Para responder a estos desafíos ¿debemos adaptar ciertos aspectos de nuestra misión?

Dejémosnos también animar por nuestro Fundador:

³² Cf. XXXIV° Capítulo general (2012): el n°33 nos invita a pensar nuestra propuesta de fe en un contexto de “diversidad religiosa”. Cada vez esta situación es más frecuente.

³³ El equilibrio fe-razón-afectividad es un criterio importante para la pastoral. Dirigirse a la inteligencia o a la fe de una manera que no afecta a la persona en su sensibilidad, provocará resultados más bien reducidos. Pero dirigirse a la afectividad en detrimento de la fe y de la razón es una puerta abierta a la manipulación. En el plano del acompañamiento humano o espiritual, las consecuencias de tales deficiencias pueden ser muy serias.

“Es motivo de gran consuelo para los religiosos saber que los frutos de sus fatigas, de sus trabajos y de sus economías se emplean en obras que contribuyen todas a establecer el reino de Jesucristo propagando la fe.”³⁴

5. COMUNIDADES DE FE

Leemos en nuestra Regla, en el artículo 3: “Nos reunimos para formar comunidades de fe y nos proponemos comunicar esa misma fe a nuestros hermanos los hombres”. Las dos dimensiones de la fe, vivida y anunciada, están intrínsecamente unidas a la comunidad. La Regla va a desarrollar luego esta afirmación. El capítulo IVº de la Regla se titula: “Comunidad de fe” y el Vº, “comunidad de misión”. Este último comienza con el artículo 63 que afirma: “Estamos comprometidos en la multiplicación de los cristianos; formamos personas y comunidades en una fe viva, que se expresa en un servicio que responda a las necesidades de los tiempos.” El anuncio personal y comunitario encuentra su culminación cuando genera otras comunidades dispuestas a vivir y anunciar la fe.

Los dos aspectos: vivir la fe y difundir la fe están unidos, como un movimiento de diástole-sístole. Es sencillamente lógico pensar que se debe vivir lo que se anuncia. Desde los orígenes el P. Chaminade había atribuido “dos objetos principales” a nuestra congregación: “1º elevar, con la gracia de Dios, a cada uno de sus miembros a la perfección religiosa; 2º trabajar en el mundo por la salvación de las almas”³⁵. Más ampliamente, había invitado a las comunidades, tanto de laicos como de religiosos, a ser hogares de vida evangélica para “demostrar de hecho, que hoy, como en primitiva Iglesia, el Evangelio puede ser practicado en todo el rigor del espíritu y la letra”³⁶.

Vivir el evangelio y testimoniarlo es casi una misma realidad; vivir la fe y testimoniarla, particularmente gracias a la comunidad. Es una manera de pensar la misión muy querida del beato Chaminade; para él, el individuo es admirado pero considerado como un caso aislado, mientras que la comunidad convence. Fiel a esta convicción, nuestra Regla afirma:

“Un medio privilegiado de cumplir nuestra misión es la comunidad en sí misma. Sabemos que la calidad de nuestra vida produce más impacto que nuestras palabras. Juntos buscamos caminos para dar un testimonio vivo de la fe que compartimos.” (RV 67).

No se puede ser más claro. Las consecuencias de esto son profundas. La fe es la inspiración profunda que une y transfigura la vida y la misión de la comunidad. Sin ella no tenemos ya razón de ser o de trabajar unos con otros y van a reinar las diferencias de opinión o de personalidad. Es una de las causas frecuentes del conflicto entre hermanos, entre hermanos y superiores, entre hermanos y responsables de obras. Cuando surgen estas tensiones, no olvidemos recurrir a la fe sin limitarnos a las técnicas, igualmente necesarias, de gestión humana. Al escuchar o constatar ciertas situaciones, no puedo reprimir en mí la cuestión: ¿Pero dónde está nuestra fe? Según la llamada del Evangelio: “si amáis a los que os aman ... si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen también lo mismo los paganos?” (Mt 5, 46a-47).

Hoy día es evidente que hay que ampliar esta reflexión al conjunto de la Familia marianista. Estamos llamados a vivir juntos la fe para testimoniarla juntos. Lo que dice el artículo 67 es válido para el conjunto de la Familia. El documento publicado por el Consejo Mundial de la Familia Marianista en 2013 sobre “la Misión común” afirma:

“De manera sintética podríamos decir que nuestra “misión común” es, precisamente, constituirnos y vivir como Familia, en comunión fraterna desde la diversidad y pluralidad de vocaciones y mi-

³⁴ *Constituciones de 1839*, art. 371. Los artículos precedentes han explicado que todos los hermanos concurren a este resultado, incluidos los hermanos obreros; podemos incluir también a los hermanos de edad o a los enfermos.

³⁵ *Constituciones de 1839*, art. 1.

³⁶ Carta 388, del 15 de febrero 1826, al sacerdote Noailles. Este mismo texto aparece citado en el documento capitular de 2018 en el n° 5.

nisterios... desde la experiencia gozosa y esperanzadora de nuestra comunión fraterna, y siguiendo el propósito de nuestros fundadores, nuestra presencia y nuestra acción como Familia en la Iglesia y en el mundo, tienen como objetivo fundamental testimoniar esa fe, la fe de María, transmitirla y formar en ella a cuantos nos rodean, con una atención particular a la juventud”.

Este texto se retoma como elemento inspirador en la Introducción del documento capitular de 2018, en el n° 4, titulado “La misión común de la Familia marianista”.

Todavía quiero mencionar el hermoso texto redactado por las Comunidades Laicas Marianistas durante su encuentro internacional de Filadelfia, en 2001:

“Somos una comunidad de fe. 1.6. Las relaciones interpersonales sólo las podemos comprender entendiendo la comunidad como sacramento de la presencia del señor y como manifestación de la fe y del amor entre sus miembros. ... Somos una comunidad que construye comunidades. 3.1. Invitar y ayudar a otros a vivir la fe en comunidad es nuestro medio fundamental de evangelización y de transformación social.”

El Capítulo general de 2018 nos recuerda que “nuestro profetismo es, ante todo, un testimonio comunitario que debe aportar al mundo una parábola del Reino” (8). La Familia es un lugar para compartir experiencias de fe (16), de oración, de celebración, de misión “constituyendo una comunidad abierta, visible y atrayente” (24).

¿Dónde está nuestra fe comunitaria, vivida y anunciada?

6. FE Y GOBIERNO

Si el espíritu de fe debe animar a todos los miembros, es particularmente importante que estimule a los que tienen la responsabilidad del gobierno. Le P. Chaminade insistía mucho en ello, veía en ello una condición indispensable para la vida de la congregación. Escribía, por ejemplo, al P. Lalanne:

“La Compañía de María jamás alcanzará el fin de su institución hasta que al menos sus Jefes se conduzcan con espíritu de fe.”³⁷.

Eso es necesario para que los responsables puedan estar iluminados por esta luz interior, pero también para que su ejemplo estimule al conjunto.

“Usted mismo, mi querido hijo, aplíquese a practicar lo que enseñe: el ejemplo del primer Jefe tiene una gran influencia en todos sus miembros.”³⁸

No cesa de exhortar a los superiores a cultivar esta virtud. Entre sus numerosos mensajes sobre este tema, escuchemos dos:

“Una obra de Dios, una obra en el orden sobrenatural, debe estar guiada por puntos de vista y motivos del mismo orden. Ya sé que esa es su manera de pensar: por eso no insistiré sobre este punto, por muy importante que sea. Pero de aquí se deriva para usted, mi querido hijo, la feliz obligación de pedir sin cesar al Señor un aumento de fe y habituarse a no obrar más que por ese espíritu de fe. Pronto entonces ese espíritu de fe será en usted un espíritu de confianza en Dios, un espíritu de celo, un espíritu de fortaleza y de generosidad, etc... Si usted se guía por esa regla, si pone su gloria y su esperanza, no en la sabiduría humana, sino en las miras de fe, en Jesucristo nuestro buen Maestro, la paz y misericordia reposarán en usted”³⁹.

³⁷ Carta 1047 del 1 de mayo 1838, al P. Lalanne.

³⁸ Carta 1117, del 12 de febrero 1839, al señor Clouzet.

³⁹ Carta 271, del 26 de febrero 1824, al P. Caillet.

“¿No ve que estamos realmente en un orden sobrenatural, aunque parezca natural, y que precisamente por eso, en este orden sobrenatural, todos nosotros somos impotentes e incapaces, que necesitamos que Jesucristo sea nuestra fuerza y nuestra luz?”⁴⁰

Una de las causas más profundas del conflicto que enfrentará al P. Chaminade con el Consejo general después de su dimisión en 1841 será este tema. El P. Vasey escribe: “el abuso más peligroso y más destructor, contra el que protestó con mayor fuerza, era el gobierno de la Compañía de María a través de principios diferentes de los de la fe”.⁴¹ El fundador piensa:

“El espíritu de estas tres Órdenes⁴² es el espíritu de la fe en Jesucristo, Hombre-Dios, aplicado especialmente al gobierno de las tres Órdenes aprobadas en este sentido por la Santa Sede. Serían desnaturalizadas por una Administración general que, en su gobierno, no consultaría más que a la razón, sin tener en cuenta las luces que recibe de la fe”⁴³.

O todavía:

“estoy persuadido de que la Compañía de María no hará ningún bien a la religión si la fe no dirige los medios exteriores que la razón emplee.”⁴⁴

Pero justamente estima que esta condición ya no es respetada. Expresa con fuerza:

“Porque veo a la Compañía perdida; está desnaturalizada; ya no es la Compañía aprobada por la Santa Sede. Lo que se pueda decir contra mí –y se dice mucho-, me importa poco con tal que mis tres Órdenes no pierdan el espíritu de fe práctica.”⁴⁵

“Debo impedir que entre nunca en la Administración general de la Compañía de María una falsa doctrina, una doctrina errónea que desnaturalice el espíritu de fe práctica. Es este espíritu de fe práctica el que la Santa Sede ha entendido aprobar, al aprobar la Compañía de María: esta no puede ser muy útil a la religión sin ese espíritu. ¿Cómo no degeneraría enseguida la Compañía de María, si su Administración general se condujese con otro espíritu (...)? El cristiano, el religioso y con mayor razón aún la Compañía de María están en el estado sobrenatural: están obligados a guiarse por la razón, sin duda, pero esclarecida por la luz muy superior de la fe. (...)

¡Qué iniquidad que un religioso de María pueda pensar y obrar de acuerdo con ese criterio! [según la razón] ¿No está siguiendo la oposición ese criterio desde hace cerca de cuatro años?”⁴⁶

Esta preocupación del Fundador por defender la fe como una inspiración indispensable para el gobierno merece una atención especial hoy día. Los numerosos retos que encontramos la hacen particularmente necesaria. La tarea es difícil y es necesario consultar sin cesar a Dios, escuchar las llamadas recibidas del mundo y de la Iglesia y sobre todo discernir lo que conviene hacer. Como muestran todas las consultas preliminares al nombramiento de un nuevo Superior de Unidad, este está llamado especialmente por los hermanos a ser un hombre de fe. Se le pide por consiguiente cultivar su fe como una parte esencial de su respuesta a la llamada que se le dirige. Lejos de desviarlo de sus responsabilidades, le permitirá ejercerlas más de acuerdo con la voluntad de Dios.

La Regla nos dice que “Al ejercer la autoridad, los superiores marianistas apelan a motivaciones de fe” (RV 46). “El Superior general busca siempre en Dios la sabiduría, la misericordia y la firmeza que requiere su cargo.” (RV 7.44). Más que cualquier otro, los superiores están llamado a “llegar a ser hombres de fe que consideran todo a la luz de la revelación” y que, gracias a “la fe pueden descubrir cómo actúa Dios en la historia de los hombres y en los acontecimientos de la vida diaria.” (RV 4). Sin eso, ¿cómo hacer la

⁴⁰ Carta 692, del 17 de junio 1833, al P. Chevaux.

⁴¹ VASEY Vincent, sm, *G.J. Chaminade. Un nouveau portrait*, Paris, Tequi, 2006, p. 480.

⁴² Estas “tres Órdenes” son la Compañía de María, las Hijas de María Inmaculada y su Tercer Orden regular, nacida en Auch en 1836.

⁴³ Carta 1313 del 18 de agosto 1844, al P. Caillet.

⁴⁴ Carta 1333, del 25 de septiembre 1844, a Mons. Mathieu.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Carta 1337, del 27 de septiembre 1844, a Mons. Donnet. El término “oposición” designa al Consejo general de entonces.

obra de Dios? De esta puesta en valor del papel de la fe por parte del gobierno depende una parte de la vitalidad de cada Unidad y, por tanto, de toda la Compañía de María.

Cada uno de nosotros, superiores, debemos preguntarnos: “¿dónde está mi fe?”.

III. REFORZAR EL HOMBRE INTERIOR: “¡AUMÉNTANOS LA FE!”

Puesto que la fe tiene tal importancia en nuestra vida y nuestra actividad, conviene recordar los medios principales mediante los cuales se nos invita a desarrollarla según nuestra tradición marianista.

EL JUSTO VIVE DE LA FE

Es una afirmación que aparece a menudo en la pluma del P. Chaminade⁴⁷. Para él, el justo es también el santo. Esta santidad se manifiesta en particular por la plenitud de la fe, por el hecho de que la fe compromete todo su ser: su pensamiento puesto que abre su inteligencia al conocimiento de Dios, sus sentimientos puesto que ama a Dios, sus decisiones puesto que, en razón de lo que comprende y de lo que ama, va a comprometer toda su voluntad y su acción al servicio de Dios. La expresión, “el justo vive de la fe” proviene de la versión griega del profeta Habacuc (Ha 2,4 gr); el P. Chaminade la suele utilizar en referencia a la carta los Romanos (1,7), pero también a su uso en Gálatas 3,11 y Hebreos 10,38.

Si el santo – que es ciertamente en su pensamiento un misionero – se caracteriza por la fe, ¿cómo llegar a esta plenitud de fe? Nuestro Fundador, siempre muy práctico, no se ha contentado con indicar la meta, ha enseñado también el itinerario.

Voy a describir aquí cinco momentos de este itinerario: la instrucción, el desarrollo de la fe en la presencia de Dios; los actos de fe; la meditación- un poco más desarrollado debido a su importancia – y la formación en la vida de fe.

1. COMPRENDER PARA CREER: LA INSTRUCCIÓN RELIGIOSA

Las etapas descritas ahora son predominantemente de orden espiritual, pero la dimensión intelectual tiene un gran lugar en este itinerario. El P. Chaminade está convencido de ello: uno de los grandes obstáculos a la fe es la ignorancia religiosa. ¿Cómo creer lo que no se conoce o no se comprende? Sería obscurantismo o manipulación. A la inversa, el estudio religioso contribuye al crecimiento de la fe. Eso explica la importancia que tiene la instrucción en su obra, desde la fundación de los grupos laicos y después en el curso de las etapas sucesivas marcadas por las otras fundaciones o iniciativas apostólicas.

Al ser la ignorancia uno de los principales enemigos del crecimiento espiritual de los jóvenes y adultos, las enseñanzas religiosas estaban en el corazón de la vida de la congregación de la Inmaculada de Burdeos. Cada domingo estaba previsto un tiempo de formación. La homilía que decía el mismo P. Chaminade, la mañana en la misa y la tarde en la exposición del Santísimo, era consistente. La preparación de los temas por los propios miembros les permitía aprender a exponer con claridad el contenido de su fe y saber defenderla públicamente de manera bien fundada. Como estas sesiones eran públicas, tenían un impacto formador, apostólico e incluso misionero más allá de los miembros.

⁴⁷ Ver por ejemplo, la carta 134, del 18 de febrero 1820, a Madre de Trenquellón:

“No estoy suficientemente al tanto como para ver si han juzgado por razones enteramente naturales y humanas o por los principios de la fe y a su luz. Es una gran desgracia para las comunidades que los Jefes sigan más juicios de la prudencia natural y solo humana que decisiones de una prudencia sobrenatural y totalmente divina. No olvidemos nunca este hermoso dicho: *El justo vive de la fe.*”

Una de las instrucciones, no fechada⁴⁸, dada por el Fundador a los laicos, trata de este tema: cómo el estudio permite “fortaleceros en la fe” e incluso “trabajar en extender vuestra fe”. Con realismo pastoral, la conferencia concluye “Estudiar la propia religión y asumir ideas puras en la lectura de buenos libros, es por donde hay que empezar; hay que seguir con el conocimiento de cada verdad, de la práctica de esa verdad, por ahí es por donde hay que terminar.”

Recordemos también que el compromiso en la educación tendrá como objetivo prevenir a los jóvenes contra la contaminación de ideas que les bloquean el acceso a la fe. El P. Chaminade resume al Papa Gregorio XVI, en 1838, la razón del compromiso de sus fundaciones en la educación:

“He creído ante Dios, Santísimo Padre, que era necesario fundar dos nuevas Órdenes... que disputasen a la propaganda, escondida so color de mil y un pretextos, el terreno de las escuelas, abriendo clases de todos los grados y de todas las materias, especialmente a la gente del pueblo, que es la más numerosa y la más abandonada”⁴⁹.

Un prospecto compuesto en 1829 para la Escuela normal de Saint-Remy, precisa entre otros objetivos de esta institución:

“4° No se puede descuidar la enseñanza de la doctrina religiosa cristiana; además de hacer que se aprenda la letra del catecismo, hay que enseñar y hacer comprender bien el contenido de la letra. Se da a los jóvenes nociones amplias y precisas de la historia de la religión y de sus pruebas para disipar los prejuicios de la ignorancia y prevenir los posibles errores que crea una razón poco formada.”⁵⁰

Sabemos que, según nuestra Regla, “nuestro objetivo principal es la formación en la fe” (RV 71) y que “la educación es para nosotros un medio privilegiado de formar en la fe. Por ella nos proponemos sembrar, cultivar, y fortalecer el espíritu cristiano y hacerlo fecundo en los hombres” (RV 74). Es la razón por la que “El apostolado de la educación es un medio privilegiado de la Compañía para cumplir su misión.” (RV 5.10).

Se comienza por nuestra atención a nuestra propia formación que nos permitirá realizar tales objetivos, dando testimonio de una fe formada e integrada. Sabemos la importancia de la formación inicial y permanente pero también qué difícil es dedicarle el tiempo necesario. Considerado bajo el aspecto de la fe y su impacto apostólico, este reto recibe una luz nueva. El estudio nos permite reforzar nuestra fe dándole una base intelectual clara y sólida: también para nosotros, la ignorancia o la imprecisión son obstáculos que debemos vencer. La alianza entre la fe y la razón es una exigencia apostólica fundamental. Las ideas y el pensamiento de nuestro tiempo necesitan suficiente estudio para discernir el bien, para aceptarlo, y el mal, para rechazarlo con conocimiento de causa. Muchos errores ampliamente difundidos se apoyan sobre bases erróneas o razonamientos no fundados y su éxito proviene a menudo de la incapacidad de muchos de identificar su incoherencia lógica. Debemos admitir una legítima diversidad de opiniones, pero no es justo dejar circular ideas sin fundamento intelectual probado, sobre todo cuando motivan ciertas leyes obligatorias para todos.

Otro gran reto actual es saber liberarnos de lo que es inútil. Estamos inundados de informaciones de las cuales una gran cantidad es de calidad mediocre. Puede tener como resultado una saturación de nuestra inteligencia que no deja ya lugar para una reflexión o un estudio serio. Es un problema que debemos afrontar. Nuestra formación no puede limitarse a la consulta de blogs o de artículos superficiales o alimentarse de emisiones de televisión. ¿Tengo todavía tiempo para leer, pensar, estudiar? Si ya no lo tengo, ¿qué es lo que me lo impide? Si es la actividad misionera, no está tan mal, pero ¿no son a veces muchas otras razones más superficiales? Siempre me sorprende el ver en nuestras comunidades la biblioteca abandonada y descuidada, no utilizada y sin beneficiarse de alguna adquisición reciente. Si es porque tenemos todos acceso a las publicaciones en forma digital, no hay problema, pero ¿es este el caso? ¿Y qué

⁴⁸ “Conferencias sobre la fe, EP III.154 [231-234].

⁴⁹ Carta 1076, del 16 septiembre 1838, al Papa Gregorio XVI.

⁵⁰ Cf. CHAMINADE G.-J., En Carta n° 427, del 17 de marzo 1829 al señor Clouzet.

decir del capital intelectual incluso económico que representa una biblioteca? Es un punto sobre el que el oficio de Educación de cada Unidad y de cada comunidad debe ocuparse atentamente.

Internet puede ser un maravilloso instrumento de comunicación, de información o de formación. Pero hay que reconocer también que la información que circula en muchas páginas de Internet sabe captar fácilmente la atención y llevarla a temas sin profundidad pero cuyas repercusiones económicas son importantes. ¿Es eso lo que debe guiar mi vida, mi pensamiento, mis decisiones, mis valores? ¿No perderá ahí la sal su sabor? La televisión ocupa a veces igualmente un lugar exagerado en la vida de ciertos religiosos o comunidades y sin suficiente mirada crítica sobre el contenido propuesto, pues excelentes emisiones pueden efectivamente alimentar nuestra vida y los legítimos tiempos de descanso son necesarios. ¿Pero cuál es mi nivel de exigencia para la información y la formación? El reto de esta reflexión no es solo intelectual, sino igualmente espiritual y apostólico. ¿Qué ofreceremos a través de nuestra acción si nuestro pensamiento está exageradamente impregnado de ideas a la moda? ¿Cómo ayudaremos a otros al discernimiento necesario frente a la actual oleada de informaciones? Nuestra Regla nos dice que para ser audaz, es necesario estar vigilantes (RV 11), dicho de otra manera, es necesario discernir. No hay duda de que se impone una reflexión personal y colectiva sobre este tema. Para esta reflexión ¿qué mejor ayuda que la fe?⁵¹

2. LA FE EN LA PRESENCIA DE DIOS

Para desarrollar la fe, el P. Chaminade propone diversos medios. Coloca en primer lugar el adquirir la fe en la presencia de Dios. En la 4ª carta al Maestro de novicios⁵², el P. Chaminade escribe que habiendo reflexionado con frecuencia, pensando “sobre la primera práctica que tiene que introducir en el noviciado... Mis reflexiones me han remitido siempre a la santa presencia de Dios en todo.” He aquí, según él, el elemento de introducción a toda la vida de fe.

Es efectivamente una entrada en materia muy sencilla: Dios está aquí; Dios está presente en todo y todo está en él; vivo todo en su presencia, con un infinito respeto y amor. La certeza interior creciente de su presencia transforma poco a poco mi vida.

A pesar de su sencillez, este ejercicio puede llevar lejos. Es una magnífica puerta de entrada en la oración. Pero después la oración vendrá a reforzar esta experiencia. Uno de los textos del P. Chaminade se titula *La oración de fe y de presencia de Dios*.⁵³ Así el ejercicio de la presencia de Dios conduce naturalmente a la oración de fe que, a su vez, profundiza esta experiencia y la hace más profunda y permanente.

El objetivo al que se apunta es claro: unir cada vez más la vida y la oración y, sobre todo, impregnar la vida activa de una dimensión contemplativa. Responde bien a la visión del P. Chaminade que deseaba que los hermanos vivan una vida contemplativa en la acción, uniendo las ventajas de una y otra.⁵⁴ Por esta razón, explicando el *Método de oración mental sobre el Símbolo*, el P. Chaminade muestra la importancia del sentido de la presencia de Dios en y fuera de la oración:

... el ejercicio de la presencia de Dios ... debe acompañar siempre a la oración.

Se establece como principio que quien no transforma en un feliz hábito el ejercicio de la presencia

⁵¹ Las Constituciones de 1891, en un hermoso artículo muestran cómo la fe unifica los diversos modos de conocimiento haciendo de ella una fuente de instrucción. Art. 302: “Por la fe, [el religioso] llega al ejercicio heroico de las virtudes de su estado (He 11); por ella, nace y se desarrolla en él el sentido de Dios, el sentido de Cristo (1Co 2,16); por ella llega a ser hombre de oración y de meditación. Cada día descubre con luz más viva y gusta con gozo nuevo a Dios en su palabra y en sus obras. La Escritura santa, los misterios de la religión, los ejemplos y las enseñanzas de los santos, las maravillas del mundo sobrenatural, el espectáculo de la naturaleza, las cosas más ordinarias y comunes, todo le sirve de apoyo para elevarse a Dios, todo le sirve de inspiración y texto para orar y meditar.”

⁵² EP VII.17 [19]ss.

⁵³ *Escritos de Oración* 373-399 = EP VI.80.

⁵⁴ *Constituciones de 1839*, art. 2: La “Pequeña Compañía ... con la ayuda de Dios, quiere unir el celo a la abnegación, el trabajo a la oración y, juntando las ventajas de la vida activa con las de la vida contemplativa, alcanzar los fines de una y otra.”

de Dios, no hará nunca oración (...)

Hay, pues, que ejercitarse a menudo, fuera de la oración, en la presencia de Dios, a fin de adquirir el hábito.⁵⁵

Cuando se ha creado este hábito, por la repetición frecuente, la entrada en la oración se hace sin ninguna dificultad pues:

En ese dichoso estado, el alma habituada y como familiarizada con el pensamiento de la presencia de Dios, se renueva en él con la mayor facilidad, desde el momento en que entra en un templo o quiere entregarse al ejercicio de la oración.⁵⁶

Este ejercicio es una respuesta a la llamada de Cristo a sus discípulos: orad sin cesar (Lc 21,36). Encontrar una manera de responder a esta petición ha alimentado la búsqueda espiritual de un gran número de monjes y eremitas desde los primeros siglos de la cristiandad; inspiraba todavía la búsqueda de nuestro Fundador.

3. LOS ACTOS DE FE: COMO SI VIERA AL INVISIBLE...

Otra práctica que recomienda el P. Chaminade es la multiplicación de actos de fe. Esta práctica puede prolongar la precedente, pero comporta también su virtud propia para reforzar la vida de fe.

La fe es una virtud teologal y, como tal, un don de Dios. Sin embargo, como todas las virtudes, se desarrolla también mediante el ejercicio. El P. Chaminade recomendaba “no comenzar nunca ninguna acción sin haber hecho algún acto de fe, ponerse en la presencia de Dios y ofrecer a Dios su acción.”⁵⁷

Ya en la oración, recomendaba igualmente la multiplicación de los actos de fe como un medio apropiado para entrar progresivamente en la oración pero también para acoger interiormente las verdades meditadas.

La preocupación del P. Chaminade es, también aquí, reforzar la dimensión contemplativa de la vida ordinaria, uniendo oración y vida cotidiana. Quiere ayudar al religioso a vivir cada vez más en un ambiente de fe. Por eso, entre las resoluciones tomadas durante la oración, figuran los actos de fe que uno se siente llamado a pronunciar durante el día;

“Al principio, hay que acrecentar el fervor y mantener la buena voluntad, fijando el número de actos de fe o de aspiraciones a Dios que se quieren hacer en la jornada, o en cada hora de la jornada; concretar algunas de esas acciones importantes por hacer con verdadero espíritu de fe, aumentar poco a poco, darse cuenta a sí mismo de la fidelidad en observar las prácticas que se ha impuesto...”⁵⁸

Un acto de fe particularmente recomendado era la fe en la vida eterna. Prácticamente es la primera recomendación que el P. Chaminade transmite a su destinatario en lo que se suele llamar *Cartas a un Maestro de novicios*. En la primera de ellas, escribe:

[Creo en la vida eterna] La alegría de la vida eterna se debe grabar profundamente en todos los que entran en esta santa milicia [de la vida religiosa]. ¡Cuántos combates tendrán que sostener! Pero quienes combatan bien, esos, como atletas de Jesucristo su divino Jefe, tendrán asegurada esa corona de gloria que no se marchitará nunca (...)

En consecuencia, le invito, mi respetable Hijo, a hacer casi todas sus instrucciones, conferencias y exhortaciones sobre la fe en la vida eterna.⁵⁹

⁵⁵ EP VII.34 [27], “Método de oración mental sobre el Símbolo”. El mismo texto se encuentra en *Escritos de oración* n° 560.

⁵⁶ EP VII.34 [53], “Método de oración mental sobre el Símbolo” = *Escritos de oración* 569b.

⁵⁷ Carta 493, del 17 de diciembre 1829, al señor Perriguy.

⁵⁸ “Oración de fe y de presencia de Dios”, EP VI.80 [16].

⁵⁹ 1ª carta a un Maestro de Novicios, en EP VII.17 [4]-[5].

Naturalmente esta recomendación encuentra hoy día un contexto cultural muy diferente del de nuestro Fundador; eso hace probablemente más difícil la puesta en práctica de esta recomendación. Sin embargo, por el hecho mismo, esta dificultad manifiesta la tendencia actual a olvidar esta consideración de la existencia humana como perteneciente a una realidad trascendente. Es particularmente verdad en los países del hemisferio Norte, probablemente porque el alargamiento de la duración de la vida y las condiciones de vida favorables hacen menos deseables la eternidad, pero también porque la aceleración del ritmo diario deja poco tiempo libre para reflexionar este tipo de cuestiones. Una de las dimensiones proféticas de la vida religiosa es, sin embargo, manifestar desde ahora ciertas dimensiones de la vida que sólo se manifestarán plenamente en el más allá.

La práctica de los actos de fe se la puede adaptar a la situación personal y comunitaria de cada uno. Puedo multiplicar esos actos para desarrollar mi fe en una realidad que tiene que crecer en mí, ya sea porque percibo la importancia personal y apostólica y yo quisiera reforzarla, o porque comprendo que es actualmente deficiente en mi vida⁶⁰.

Con este espíritu, puedo, por ejemplo, expresar mi fe en la presencia de Dios en medio de nosotros, en mi comunidad, en la vida de mis hermanos y en mí mismo, en mis alumnos, en tal persona difícil, en la vida y la actividad de la Compañía de María, en la diversidad de movimientos y congregaciones, en la persona pobre, sufriente o abandonada, ... Puedo multiplicar los actos de fe en la eficacia de la oración o de la escucha de la Palabra de Dios o del anuncio del Evangelio, en los frutos producidos por tal acción o tal obra⁶¹ ... Es particularmente bueno que lo haga cuando la eficacia de mi acción parece ausente y los frutos demasiado escasos. Estas realidades están habitualmente ocultas a nuestros ojos pero a veces se nos desvelan. Son siempre gracias que marcan nuestra vida. El ejercicio de la fe se propone hacer más habitual esta percepción de la realidad escondida de nuestra vida y del mundo.

Personalmente recuerdo una celebración vivida con un gran número de jóvenes en una hermosa iglesia de Roma; algo de esta celebración resaltaba una realidad invisible: los jóvenes eran verdaderamente piedras vivas de la Iglesia, mucho más bellas y preciosas que las que componían el edificio en el que se encontraban, a pesar de su gran belleza. Pienso también en un gran encuentro mundial de jóvenes religiosos en el que la diversidad de rostros, de trajes y de modos de vida expresaba visiblemente la variedad de los dones vivos y activos del Espíritu a la Iglesia y al mundo. Recuerdo también una visita inesperada, durante un viaje, a una mujer postrada en la cama desde hacía años en una casa muy pobre; a través de su testimonio y de sus palabras, algo hacía palpable la gran irradiación de esta vida, sin embargo, aislada y desconocida de la gente. Estoy convencido que cada uno de ustedes podría contar tales experiencias que son siempre los guiños del Espíritu Santo. Lo que entonces se percibe está habitualmente escondido, pero la fe nos abre progresivamente los ojos para que se nos sea dado ver lo invisible. Al P. Chaminade le gustaba usar la hermosa expresión “ojos de la fe”⁶²: cuando se abren, podemos testimoniar lo que hemos visto en los demás y ayudarles a ver, a ellos también. Podemos pensar en el testimonio de María que meditaba y contemplaba los acontecimientos en su corazón (Lc 2,19.51). Podemos pensar también en las escenas del

⁶⁰ En una hermosa “carta a un religioso de la Compañía, probablemente el P. Perrodin”, el P. Chaminade muestra cómo los actos de fe pueden aplicarse en la situación humana y espiritual de cada uno (Carta 1269, sin fecha, *Cartas V*).

“Nos unimos a Jesucristo por la fe que tenemos en él; entramos en sus tesoros con esta fe, porque esos tesoros son nuestros. ¿Tenemos necesidad de humildad, de paciencia, etc.? Después de haber reconocido nuestro orgullo, nuestra falta de paciencia, etc., vemos en nuestro tesoro las humillaciones y el amor de las humillaciones, los sufrimientos y el amor de los sufrimientos que siempre tuvo Jesucristo; los méritos de Jesucristo humillado y sufriente son infinitos. Hagámonos un bálsamo con sus humillaciones y sufrimientos; apliquemos ese bálsamo sobre nuestro orgullo y sobre nuestra impaciencia, y curaremos; destruiremos los vicios y cicatrizaremos las heridas que nos han hecho; amaremos tanto las humillaciones como los sufrimientos, ya que en Jesucristo y por Jesucristo, ellas han procurado una tan gran gloria a Dios y la procurarán en nosotros unidos a Jesucristo. He aquí, mi querido Hijo, el uso que es preciso hacer de nuestra fe, especialmente en la oración, sin duda, y además en todo el curso de nuestra vida.”

⁶¹ En las cartas 6 y 7, cartas al Maestro de Novicios, el P. Chaminade invita a su interlocutor a desarrollar en los novicios su unión al conjunto de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo y a su Cabeza, Cristo, y ver la eucaristía como un momento privilegiado de la recepción de esta vida. Es otro espacio en el que desarrollar la fe. Cf. EP VII.17 [39], [53].

⁶² Ver por ejemplo las cartas 665, 671, 1066, 1179, etc... Esta expresión se hizo famosa por una serie de artículos del teólogo Pierre Rousselot publicados en 1910 por la revista *Recherches de Science religieuse*, pp. 241-259 y 444-475.

evangelio de Juan que terminan con la apertura de los ojos de algunos mientras que desgraciadamente otros permanecen ciegos. ¡Ojalá podamos ser de este primer grupo para, como ellos, ver y creer, y sobre todo para saber dar testimonio!

Así en su sencillez, este método del P. Chaminade nos ayuda a tener una mirada positiva y confiada sobre la realidad pues en ella tiene lugar mucho más de lo que yo veo. Excepto ciertos signos indiscutibles de su acción, Dios trabaja lo más a menudo en secreto, pero sin cesar, esperando solo los ojos de nuestra fe para percibirlo y dar testimonio de él. Es particularmente importante cuando se trata de situaciones marcadas por el sufrimiento, los límites humanos, el fracaso o el mal, debemos percibir la presencia de Dios entonces más activa que nunca para invitar a la esperanza y al consuelo. Es cuestión a veces de “re-encantar el mundo”; es exactamente lo que hace la fe y, guiado por ella, el hombre de fe. Es a lo que también nosotros estamos invitados a colaborar.

4. LA ORACIÓN DE FE Y DE PRESENCIA DE DIOS

Este título es el de una de las enseñanzas sobre la oración del P. Chaminade, escrito en 1828 o 1829; hemos hecho ya referencia a él. En el curso de su vida no ha cesado de enseñar cómo hacer oración mental, desde los consejos a María Teresa de Lamourous en 1796, hasta el *Método de oración mental sobre el Símbolo* de 1840. Los textos son abundantes: escritos de dirección, enseñanzas, predicaciones, notas, métodos, ... Como son testigos los *Escritos de Oración*, se escalonan a lo largo de toda la vida del Fundador⁶³. Manifiestan su profundización del tema, pero responden también a diversas necesidades del momento en referencia a la formación. Una presentación de estos documentos de este itinerario puede encontrarse fácilmente en diversas publicaciones fácilmente accesibles⁶⁴.

a) Una atención renovada

Es importante recordar que nuestros dos últimos Capítulos generales, de 2012 y 2018, piden uno y otro dar toda su importancia a la oración, en particular dedicándole efectivamente la hora pedida por la Regla⁶⁵. Esta doble mención pone de manifiesto una debilidad en nuestra práctica, si no ¿porqué mencionarla? Ahora bien, desde los orígenes de la Compañía de María se ha dado una gran importancia a este ejercicio. El P. Chaminade dice que es “el pivote sobre el que se mueve toda la vida cristiana y religiosa.”⁶⁶ o también la oración pertenece a los “ejercicios constitutivos de la vida religiosa”⁶⁷. Las Constituciones de 1839 le consagran una sección y afirman:

Se sienta como principio que es imposible al hombre elevarse a la perfección religiosa sin la meditación, y que cuanto más se dedica el religioso a este ejercicio, más se acerca a su fin, que es la conformidad con Jesucristo. El espíritu de oración mental debe ser, junto con la devoción a la Santísima Virgen, la virtud característica de los religiosos de María y aquella en que cada uno, sin ex-

⁶³ CHAMINADE, G.-J., *Escritos de oración*, Raymond Halter (Ed.), Madrid 1975.

⁶⁴ Por ejemplo el P. Hoffer da un resumen teórico y breve en su obra: *La vida espiritual según los escritos del P. Chaminade*, Madrid 1970, en el capítulo IV; *El Espíritu de nuestra Fundación* hace una presentación más desarrollada que comporta también elementos prácticos: vol. I, capítulo V: “La oración, alimento del espíritu interior, n°s 247-364; en su obra en colaboración, *Encarnar la Palabra*, 1998, Enrique Aguilera y José María Arnaiz presentan elementos generales sacados de estos métodos y otros aspectos de la tradición marianista sobre la oración. El P. Quentin Hakenewerth ha dedicado muchas de sus publicaciones a los métodos de oración marianistas. Estas obras existen en las diferentes lenguas.

⁶⁵ XXXIV° Cap. Gen. (2012), n° 15-b: “Dios habla al corazón de los que guardan silencio para escucharle” (RV 4.16). Como un medio de renovación y de obediencia a la Palabra de Dios, cada marianista pone todo su empeño en cumplir el artículo 55 de la Regla de Vida, que nos invita a una hora diaria de oración personal.”

XXXV° Cap. Gen. (2018), n° 32: “El Capítulo recuerda a cada hermano la llamada de la Regla de Vida a “dedicar una hora cada día a la meditación personal” (*Regla de Vida*, 55), atreviéndose a dar espacio a Dios, a escuchar a Dios y a dar al mundo un testimonio contracultural. Para ayudar a esto, las comunidades estudiarán prácticas y estructuras que ayuden a la fidelidad a la meditación personal. Las Administraciones de las Unidades ponen en ello un acento especial en sus visitas a las comunidades locales.”

⁶⁶ Carta 1269, a un religioso de la Compañía, probablemente el P. Perrodin.

⁶⁷ *Constituciones de 1839*, n° 33.

cepción, se esfuerza más en destacar. La oración mental es la fuente común y única de todas las virtudes.⁶⁸

Las mismas Constituciones añaden también:

35. Los directores no emprenden ni deciden nada importante sin haber consultado a Dios en la oración mental.

También nuestra Regla subraya fuertemente el papel de la oración en la vida religiosa marianista. No se le debe anteponer ninguna actividad (RV 4.4); y “concedemos una importancia primordial a la oración” ... pues es “el alimento de nuestro espíritu de fe” (RV 48) y porque “lo esencial es lo interior” (RV 55).

b) un ejercicio de la fe

Es una de las razones que nos invita a interesarnos por ella aquí. Nuestra Regla nos dice que “En esta forma de oración dejamos que el Espíritu de Cristo tome posesión de nuestras vidas y nos llene de fe, esperanza y caridad.” (RV 55).

En la oración marianista, no solo la contemplación se refiere a un contenido de la fe, sino además, se realiza gracias a la fe que permite adherirse a lo contemplado. Por este ejercicio, la fe se refuerza, como cualquier virtud cuando es practicada. Así oración y fe se sostienen mutuamente, cada una favorece a la otra. Estos diferentes aspectos son típicos de la tradición marianista. En muchos aspectos, el P. Chaminade se ha inspirado siempre en muchos autores, pero aquí nos ofrece una contribución específica. Resalta un resorte importante del crecimiento espiritual y de la preparación apostólica: la fe practicada y desarrollada en el curso de la oración desarrolla la fuerza interior de la persona y, por el ello, sostiene su acción apostólica. Así, gracias a la fe, la vida de oración y la actividad se refuerzan mutuamente. Lejos de quitar tiempo una a otra, cada una prepara y facilita la otra.

Era un gran deseo del P. Chaminade: unir vida activa y vida contemplativa,⁶⁹ haciendo de cada una un alimento de la otra. Es lo que describe el artículo 56 de la Regla en el cual se subraya, en cursiva, la complementariedad entre los dos campos:

La contemplación del Señor y de su plan de amor sobre el mundo nos lleva a comprometernos en su misión salvadora.

La meditación nos ayuda a descubrir la presencia de Dios en nuestras actividades, en los acontecimientos de cada día y sobre todo en la persona del prójimo.

Nuestro trabajo apostólico, a su vez, es ocasión para crecer en la virtud, medio de purificación y estímulo para la oración.

Gracias a este ejercicio, el religioso puede estar constantemente animado por una mirada y unas motivaciones de fe y puede invitar a otros a seguirle en este camino. Por esta razón, el P. Chaminade, como muchos otros con él, invitaba a no disminuir nunca la oración a causa de la abundancia del trabajo:

“Creo que cuantos más problemas tenemos, cuanto más sufrimos inquietudes o contradicciones, más necesitamos la oración y buena oración. (...) Y solo por este medio podemos multiplicarnos en alguna manera.⁷⁰

⁶⁸ *Constituciones de 1839*, art. 34. Este mismo pasaje figura en las citas mencionadas en nuestra Regla actual, en la apertura del capítulo IV sobre la vida de fe.

⁶⁹ A Sor Celestina (de las Hijas de María) que estaba tentada de entrar en el Carmelo, cuya vocación le parecía mucho más contemplativa, el P. Chaminade le responde resaltando el espíritu profundamente contemplativo de los dos institutos (llamados aquí “el Instituto de María”).

“En el Instituto de María, no hay largas oraciones, ni vocales ni mentales, pero sí mucho trabajo, santificado por el recogimiento y un silencio religioso... En el Instituto de María, a la santificación personal se junta un trabajo efectivo por la santificación del prójimo”; Carta 142 del 11 de julio 1820.

⁷⁰ Carta 1203, del 19 de marzo 1839, al P. Meyer.

“No descuide la oración por muy ocupado que esté. ... no pierdo de vista que [los hermanos] están sobrecargados de trabajo. (...) Sea hábil, ingenioso, para procurarles los medios para hacer sus oraciones. Es ahí donde ellos y usted encontrarán la paz del alma, la fuerza, el ánimo, y sobre todo ese medio que nos hace saber multiplicarnos cuando estamos sobrecargados.”⁷¹

La expresión “multiplicarnos” es interesante. En un tiempo en que hacemos tan a menudo la experiencia de una falta de personal para hacer frente a las grandes necesidades de la misión o de la animación de la congregación, y cuando parece tantas veces que nos falta tiempo, no dudemos en “multiplicarnos” por la oración... Esta constatación del P. Chaminade está por lo demás transmitida por numerosos autores clásicos que hacen notar que cuanto más abundante sea el trabajo tanto más es necesaria la oración para realizarlo, ella permite encontrar la fuerza interior y concentrarse sobre lo esencial. Rezar más hace ganar tiempo.

c) Hacia la fe del corazón

La oración está sostenida y orientada, según el P. Chaminade, por múltiples actos de fe. Comienza por un profundo acto de fe en la presencia de Dios. En su desarrollo, aconseja “hacer un acto de fe y reiterarlo a menudo; y seguir considerando nuestro tema a la luz de esa fe”⁷².

Al principio, se ejercita la fe de una manera un poco voluntarista, tanto en la oración como durante el día, pero poco a poco, se hace más profunda y natural, se convierte en una actitud espontánea, toca cada vez más el corazón de la persona que comienza a saborear su presencia y sus efectos interiores y exteriores. Cada vez es menos necesario hacer el esfuerzo de actos de fe, aparece cada vez más que es Dios quien suscita este don interior y sólo hay que cada vez más dejarle hacer, colaborar a esta acción y eliminar los obstáculos que limitan lo que Dios hace.

Se puede pensar, como comparación, en las etapas de la vida de oración enseñadas por Teresa de Ávila, comparándolas a las diversas maneras como regar un huerto⁷³. Al principio, según la primera manera, se saca el agua de un pozo con mucho esfuerzo; luego el trabajo se hace más fácil cuando se comienza a utilizar una manivela (una noria dice Teresa), después cuando el agua viene directamente de un río por un canal, finalmente, qué maravilla cuando, abandonándose a la acción de Dios, deja a la lluvia hacer su trabajo: Dios hace entonces casi todo con muy pocos esfuerzos de nuestra parte. No sólo el trabajo es cada vez más fácil sino es cada vez más eficaz y fructuoso. Así es en nuestro itinerario marianista, desde la etapa inicial de multiplicación de los actos de fe⁷⁴ hasta la entrada progresiva en la fe del corazón⁷⁵. Y ciertamente, cuando la fe se une al amor de la caridad, no se está lejos del servicio.

Aquí está un punto esencial de la enseñanza del P. Chaminade sobre la fe. El itinerario que propone ha llegado a su meta cuando provoca interiormente una adhesión de corazón que es un acto de amor a Dios. Este amor provoca la adhesión de la inteligencia y de la voluntad y toda la vida se orienta entonces hacia Dios. Escribe:

La fe del corazón obtiene la justicia (Rm 10, 10) ... El justo no cree solamente las verdades que la religión le propone, sino que las guarda y las ama; y con un verdadero afecto del corazón las hace servir de fundamento y de escalones para obrar la justicia. Es así como su justicia está alimentada por su fe. [*El justo vive de la fe* (Rm 1, 17)]⁷⁶

⁷¹ Carta 434 del 15 de mayo 1827, al señor Clouzet.

⁷² 1ª Conferencia a las Hijas de María sobre la fe y la oración, EP VI.13 [1].

⁷³ Cf. Teresa de Ávila, *Autobiografía*, V 11,7-8.

⁷⁴ *El Espíritu de nuestra Fundación* transcribe el testimonio del señor Silvain (EF I, n° 221): “El P. Chaminade tenía la costumbre de hacer recitar muchos actos de fe a los novicios de la Magdalena, entre los cuales me encontraba: he conocido a novicios que hacían hasta 400 al día”.

⁷⁵ En 1828, en el texto: “Dirección de la Compañía de María por los caminos de la salvación” (EP VI.76 [3]), le P. Chaminade recomienda “multiplicar los actos de fe, de mente y de corazón”.

⁷⁶ “De la fe”, EP III.148 [207]

Así la fe nocional tiene que convertirse cada vez más en una fe recibida y amada por el corazón⁷⁷. El P. Chaminade dice:

“Es necesario que [la fe] esté animada por la caridad. La fe no debe ser solo como una luz en la mente, sino que debe estar en el corazón. Es precisa una disposición del corazón que sea ella misma fe, amor a la verdad. Por eso, hay que saborear lo que ustedes creen.”⁷⁸

d) La conformidad con Jesucristo

Sin embargo, el objetivo final de la oración y de toda la vida espiritual es “la imitación más perfecta de Jesucristo”. La oración contribuye a ello de manera particular; como he mencionado ya: “Se sienta como principio... que cuanto más se dedica el religioso a este ejercicio, más se acerca a su fin, que es la conformidad con Jesucristo.”⁷⁹ El P. Chaminade escribe también: “El Espíritu de J.C. no obra en nosotros la conformidad con ese divino Modelo sino en la medida en que tengamos más fe.”⁸⁰ Por la fe, el cristiano conoce a Jesús y se adhiere a su persona, se abre a la acción del Espíritu de manera cada vez más profunda y este puede realizar entonces la transformación interior y progresiva a imagen del divino modelo. El creyente es llevado cada vez más a estar animado de los sentimientos del mismo Cristo, a desear realizar su voluntad y a traducirla en sus acciones. Puede decir: no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí (Cf. Ga 2,20b).

5. FORMACIÓN Y VIDA DE FE

En esta descripción ha aparecido a menudo la palabra itinerario. El crecimiento de nuestra vida de fe continúa a lo largo de nuestra vida. En la vida religiosa, comienza en las primeras etapas de la formación y acompaña todo el itinerario del hermano. Para comenzar, en la carta 9ª al Maestro de novicios, el P. Chaminade recomienda apoyarse sobre el ejercicio de la presencia de Dios como introducción a la experiencia de la oración. Añade: “por otra parte, sus alumnos, si están bien imbuidos de la fe en la presencia de Dios en todas partes, se encontrarán dispuestos a cumplirlo con alegría.”⁸¹ Insiste también en que las entrevistas con el Maestro de novicios se refieran en particular a “las oraciones mentales y vocales, sobre todo lo que pasa sea procedente del Espíritu de Jesucristo, sea procedente del tentador... ..”⁸²

La atención a la vida de fe permite acompañar mejor al religioso o al candidato. En estas orientaciones para el noviciado, integradas en las Constituciones de 1839, recomienda no admitir a un novicio en el que estén presentes sólo motivaciones naturales, sin signo claro de una llamada divina. “El maestro de novicios reconoce fácilmente entre los que se presentan, los que son aptos para la Compañía; jamás debe admitir a quien no manifieste ningún signo de vocación divina ni denote alguna moción del Espíritu santo en la gestión que realiza.” (309). Por eso debe “mirarlos y examinarlos, no atendiendo solo a sus apariencias externas, sino sobre todo a sus disposiciones interiores” (311). “Hacia el corazón, ciertamente, debe dirigir ante todo sus miradas; si en él no se manifiesta ninguna acción del Espíritu Santo, deducirá que no hay tampoco ningún signo de vocación divina...” Si su piedad parece inspirada por un sincero amor a

⁷⁷ En su estudio, *Defender y proponer la fe*, Madrid 1998, en los párrafos 4.2.5.1 a 4.2.5.3, el P. Antonio Gascón describe más precisamente este itinerario.

⁷⁸ Retiro de 1827 en St-Remy, 2ª conferencia sobre la fe; EP VI.67 [24]-[25].

⁷⁹ *Constituciones de 1839*, art. 34.

Ver también el artículo 247: Jesucristo quiere “hacerles vivir de su propia vida y transformarles en sí mismo. Ahí se encuentra la dicha y la gloria del religioso. Su único sentir debe ser Jesús y lo que siente Jesús: [*Tened los sentimientos de Cristo Jesús*] (Filp. 2.5)”.

⁸⁰ “Manual de Dirección”, EP VII.22 [36] = *Escritos de Dirección*, II, 422. Precisa, utilizando una de sus citas favoritas: “Es la doctrina del santo Concilio de Trento. [*la fe, inicio, fundamento y raíz de toda nuestra justificación*].

⁸¹ EP VII.17 [71]. En 1821 o 1822, redacta un “Compendio sobre la oración” para el noviciado de San Lorenzo (EP VI.3).

Afirma: “En este método, quien hace oración no busca elevarse a Dios sino por la fe.” El señor Rothéa, en un cuaderno para el noviciado escribe: “Puesto que la oración es el alma de la religión, los novicios se esforzarán por comprender a fondo el método adoptado por el Instituto, que es hacer oración de fe, a la luz de la fe”. (Citado en *El Espíritu de nuestra Fundación*, I, n° 293).

⁸² Citado en EF I, n° C 290: “De la dirección de la oración”.

Jesucristo, si manifiestan alguna devoción a la Santísima Virgen, el maestro de novicios debe ver cuál es la influencia de la fe en estos sentimientos” (312). Una vez admitidos al noviciado, la tarea del formador será “llevarlos a la vida de fe” (322) o sostenerlos en ella (325). Si el formador constata que persisten las resistencias en los novicios, “no debe inquietarse, si por otra parte perseveran fieles a los ejercicios y a las prácticas de la fe, tal como se indican en el manual de dirección, pues la fe terminará por triunfar” (334). La fe servirá de guía tanto al novicio como al formador: “sobre todo aquellos que, en su juventud primera, han sacudido el yugo de la ley para no seguir más que su propia voluntad y entregarse a la fogosidad de sus pasiones, encuentran en la doctrina de la fe los medios de defenderse y de triunfar. Todo depende de que los maestros apliquen oportunamente los principios de la fe según los cuales deben guiarles” (336).

Todas estas indicaciones del P. Chaminade nos muestran su gran experiencia del discernimiento de las vocaciones. Es un arte que tenemos que recibir de él hoy día. Los candidatos deben ser acompañados según estos criterios interiores, profundos pues el exterior no es suficiente para hacer un religioso, ni siquiera para evaluarlo y orientarlo. Es necesario escuchar la insistencia del Fundador sobre el discernimiento del trabajo del Espíritu en los corazones, observando las reacciones de la fe provocadas por su acción. Es en ese nivel en el que se apoyan la pastoral de las vocaciones y la acción del formador. No tenerlo en cuenta es a veces una gran desgracia para la Compañía de María que corre el resto de acoger miembros sin vocación sólida y no ofrecerle tampoco al candidato una profundidad que pueda inspirar su vida y ser fuente de felicidad. Eso puede ser la causa de las salidas provocadas por la ausencia de raíces profundas en el compromiso, sea por la ausencia de vocación— entonces la salida está justificada—, sea por ausencia de profundización de una vocación real. Eso demuestra la importancia vital del desarrollo de la vida espiritual e interior en el curso de la formación inicial y de los primeros años de vida religiosa.

El crecimiento de la vida de fe y de la oración está particularmente adaptado a un itinerario de formación permanente. Tener la preocupación de poner al día nuestros conocimientos intelectuales, profesionales, teológicos y bíblicos es muy bueno y positivo. Pero ¿qué hay de la puesta al día en el terreno espiritual? ¿Cuándo he leído por última vez un documento fundamental sobre este tema? ¿Cuándo he dialogado con un maestro experimentado para relanzar mi camino espiritual o mi vida de oración? ¿Qué conocimiento tengo de ciertos grandes autores de obras consideradas como clásicas en este dominio? ¿Qué lugar ocupa este dominio en los planes de formación permanente o de tiempos sabáticos?

PARA CONTINUAR...

Henos aquí al término de este recorrido un poco largo, pero en realidad demasiado breve para abarcar la riqueza y la importancia de la enseñanza de nuestro Fundador sobre este tema y para repetirnos hasta qué punto le atribuía un papel central para nuestra vida y nuestra misión.

El reto es misionero: nos indica un camino para responder a las múltiples formas de indiferencia o de incredulidad que afectan a nuestro tiempo. Nos invita, en nombre de la inspiración que ha recibido, a anunciar y proponer la fe en Jesucristo como una alternativa a las formas que adoptan estas dos actitudes en nuestro tiempo.

Solo lo podemos hacer siendo nosotros mismo hombres de fe, que viven de la fe y “consideran todo a la luz de la revelación” y descubrimos “cómo actúa Dios en la historia de los hombres y en los acontecimientos de nuestra vida diaria” (RV 4). Lo podemos mediante un ejercicio cotidiano de la fe y, en particular, por una práctica siempre más fiel y profunda de la oración, “ejercicio de la fe”. Es el medio que nuestro Fundador nos ha dado para contemplar en todas las cosas su finalidad, su sentido último: *In om-*

nibus, respice finem”⁸³. Lo podemos formando, como religiosos y como Familia, “comunidades animadas por la fe” (RV 9), y por eso verdaderamente fraternas, “cercanas a los hombres de nuestro tiempo” (RV 11), testimoniando la presencia de Cristo y viviendo el evangelio “en todo el rigor de su letra y de su espíritu” (RV 9).

Comenzando por reconocer nuestros “magníficos destinos” que consisten en “ver a Dios, amarlo y servirlo”⁸⁴, esta contemplación “nos lleva a comprometernos en su misión salvadora” pero también “a descubrir la presencia de Dios en nuestras actividades, en los acontecimientos de cada día, y sobre todo en la persona del prójimo” (RV 56). Nos ayuda a no quedarnos en las apariencias de los acontecimientos o incluso de nuestra acción, sino a comprender los verdaderos retos y las verdaderas urgencias. Así abandonamos la tentación de considerar solo el aspecto exterior de nuestra actividad y de “rebajarse al rango vil de los industriales de la enseñanza”⁸⁵ o del apostolado. Así podemos dejar de confundir los medios con el fin verdadero que consiste en “introducir en todas partes el espíritu de fe ... y multiplicar los cristianos”⁸⁶

Esta comprensión profunda da un dinamismo nuevo a la acción. La fe es la virtud que ha animado toda la vida del P. Chaminade y ha hecho de él un misionero incansable y nunca desanimado, a pesar de los numerosos obstáculos encontrados. Queremos tomar ese mismo camino. Frente a las dificultades y obstáculos de nuestro camino, escuchemos repetirnos como a su querido P. Chevaux:

¿Por qué, mi querido hijo, no pone usted toda su confianza en Jesús y María? ¿Cree usted que san Pedro estableció la cátedra apostólica, en Roma, por su educación, por su ciencia, su sabiduría y sus dotes naturales? ¿No cree que tuvo tanto éxito solo por la confianza que tenía en el Maestro que le enviaba? Si usted ora y no obtiene, ¿por qué no continuar orando, hasta que su oración sea escuchada, y mientras tanto, hacer todo lo que él le inspire?⁸⁷

El modelo de fe del P. Chaminade ha sido sin duda María. Ella lo ha llevado por los caminos de la misión, deseoso como ella de llevar a Cristo al mundo. Ella es también para nosotros “modelo de fe” (RV 8) y queremos “asistirla en su misión de formar en la fe a una multitud de hermanos para su Hijo primogénito” (RV 6). Como afirma el P. David Fleming, “María y la fe, he aquí ciertamente los dos temas centrales e inseparables del P. Chaminade que ha desarrollado incansablemente a lo largo de su vida (...) imposible comprenderlo si no se examina su enseñanza y su dirección en estos dos terrenos”. Quería “reavivar la vida de fe en un mundo transformado por cambios sociales revolucionarios y por ideologías seculares. Para tener éxito en tal empresa, se volvió hacia María, el gran signo de la fe cristiana”⁸⁸. “Se puede decir que, por una parte, aprendió a conocer a María y la hizo conocer en la escuela de la fe, y por otra, aprendió y enseñó la fe en la escuela de María”⁸⁹.

El motivo de esta circular ha sido el deseo de que podamos cada uno dar una importancia renovada a la fe como medio de crecimiento de nuestra vida religiosa, de nuestra vida espiritual y de nuestro apostolado. Estoy convencido que poseemos ahí un medio eficaz de revitalización de estos tres campos. Es también un medio particularmente adaptado en una época de grandes cambios y de disminución de las fuerzas humanas.

Todas estas razones dan todavía más importancia a la fe en nuestra vida y nuestra experiencia misionera hoy día. La Compañía de María es y será lo que la fe de cada uno de sus hermanos haya hecho de ella. No tengo ninguna duda de que la solidez y la fuerza de la Compañía de María y una parte del impacto de su misión están ligadas directamente a la intensidad de esta virtud en su seno. La Compañía de María llegará

⁸³ “Método de oración mental sobre el Símbolo”, EP VII.34 [1]. Es el título que abre este documento tan importante. Seguido de una meditación notable ... especie de “Principio y fundamento” chaminadiano, comparable al famoso texto que abre la primera semana de los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola (en el n° 23).

⁸⁴ “Método de oración mental...”, *op. cit.*, [1] y [2].

⁸⁵ Carta 1163, del 24 de agosto 1839.

⁸⁶ Carta 725, del 7 de febrero 1834, al P. Chevaux.

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ FLEMING David, *A New Fulcrum*, Traducción francesa: *Un charisme durable. Le charisme marianiste*, 2017, p. 5.

⁸⁹ *Id.*, p. 6.

hasta donde la haya llevado la fuerza de su fe. No hay quien pare al hombre que cree; la fe es una parte significativa del “espíritu” que forma “un hombre que no muera”.

Escuchemos todavía a nuestro Fundador:

“Creo que a pesar de que pueda sufrir alguna sacudida, se sostendrá, ya que Dios nos ha inspirado dar al Instituto un fundamento tan sólido: la fe.”⁹⁰

Estemos atentos a una de sus grandes inquietudes:

La Superiora general solo me ha testimoniado que el espíritu de fe no dominaba en ese Convento [de Arbois]; lo que le apena más todavía es el temor de que las novicias no sean bien formadas allí; ella teme también por Acey. Su correspondencia con Arbois no le hace percibir más que miras humanas; esto es todo lo que he podido saber. Después de mi última visita a Agen, toda la Comunidad, pero sobre todo la Superiora general, parece que comprenden bien lo que debe ser una religiosa; lo que no es más que vivir de la fe; cómo debe ser el gobierno y la dirección de la Superiora general.⁹¹

Pero participemos también de los gritos de entusiasmo de nuestro Fundador. Son gritos de fe en medio de las dificultades. La “Pequeña Compañía” será siempre la que Cristo ha querido para su Madre:

Dios funda el Instituto de María, al que le da el espíritu que le conviene; ese espíritu es el espíritu interior.

Dios nos llama no solo a santificarnos, sino a volver a poner en pie la fe en Francia, en Europa y en el mundo entero, a preservar a la generación actual del error. ¡Qué grande es la empresa!, ¡qué noble!, ¡qué santa!, ¡qué generosa!, ¡qué atractiva para un alma que ansía la gloria de Dios y la salvación de sus semejantes! ¡Y es Dios quien nos ha escogido entre tantos otros!⁹²

Nuestra obra es grande, es magnífica. Si es universal es porque nosotros somos los misioneros de María que nos ha dicho: “Haced lo que Él os diga”. Sí, nosotros somos todos misioneros. A cada uno de nosotros la Santísima Virgen le ha confiado un mandato para trabajar en la salvación de nuestros hermanos en el mundo.⁹³

Por eso dejamos todavía resonar las palabras del beato:

“¿Dónde está tu fe, tu fe en Jesucristo?”

André-Joseph Fétis, SM
Superior General

25 de marzo 2020
Solemnidad de la Anunciación
Fiesta patronal de la Familia marianista

⁹⁰ Carta 546, 23 de Septiembre 1830, a Madre San Vicente.

⁹¹ Carta 568, del 16 de diciembre 1830, al P. Lalanne, Saint-Rémy.

⁹² Retiro 1821, “18ª Meditación”, EP VI.19 [63]-[64].

⁹³ Carta 1163, del 24 de agosto 1839.